EL CUARENTA Y UNO

Borís Lavreniov

Edición: Progreso, Moscú 1980.
Lengua: Castellano.
Digitalización: Koba.
Distribución: http://bolchetvo.blogspot.com/

EL CUARENTA Y UNO

A la memoria de Pável Dmitrievich Zhúkov

Capítulo primero. Que el autor ha escrito exclusivamente porque la necesidad obliga...

Al amanecer, el refulgente cerco de sables cosacos se rompió por un instante en el norte, hendido por ardientes ráfagas de ametralladora, y, en una última y febril embestida se abrió paso por la brecha el *agrosellado* comisario Evsiukov.

Únicamente lograron salir del mortal círculo, que ceñía la aterciopelada hondonada, el *agrosellado* Evsiukov, veintitrés hombres más y Mariutka.

Ciento diez y nueve hombres y casi todos los camellos quedaron tendidos para siempre sobre el helado talud arenoso, entre las serpeantes mallas de los *saxaúles*[1] y los rojos junquillos de los tamariscos.

Cuando le comunicaron al *esaúl*[2] Buriga que los restos de las fuerzas enemigas habían escapado, se atusó los poblados bigotes con la enorme garra de fiera, bostezó, abriendo mucho la boca, semejante al oscuro cuenco de un cenicero, y rugió con desgana:

- ¡Dejadlos que se vayan! ¡No hay que perseguirlos!, ¿para qué fatigar a los caballos? De todos modos, a ésos les espera la muerte en las arenas. ¡Volver... grupa-a-as!

Y, mientras tanto, el *agrosellado* Evsiukov, los veintitrés hombres y Mariutka, con ágil arrancada de enfurecido chacal de la estepa, se lanzaban a los inmensos, infinitos arenales.

El lector debe arder ya en deseos de saber por qué razón se le llama *agrosellado* a Evsiukov.

Todo se explicará.

Cuando Kolchak taponó fuertemente la línea férrea de Oremburgo con una masa humana erizada de fusiles, haciendo recular a las sorprendidas locomotoras -para que se cubriesen luego de herrumbre en apartadas vías muertas- , la República del Turkestán se quedó sin tinte negro para el cuero.

Corrían tiempos de estruendo, confusión y guerreras a todo pasto.

Lanzado del grato ambiente del hogar al calor y los fríos, a las lluvias y los días de sequía, entre el penetrante silbido de las balas, el cuerpo humano necesita de un revestimiento sólido.

De ahí se extendió entre las gentes la moda de las cazadoras de cuero.

En todas partes, las teñían de un color negro -con los reflejos azules del acero-, severo y firme como los propios dueños de las prendas.

Y ahora en el Turkestán no había tal tinte.

El estado mayor revolucionario tuvo que requisar las anilinas germanas con que teñían la vaporosa seda de sus chales las uzbecas del valle de Ferganá y los afelpados arabescos de sus tapices las esposas turkmenas, de labios resecos, dándoles toda la vistosa gama de colores de un ave del paraíso.

Se empezaron a teñir con esos polvos las pieles frescas de carnero, y de pronto, todo el Ejército Rojo del Turkestán refulgió con las variadas tonalidades del arco iris: grosella, naranja, limón, turquesa, lila...

El destino, en forma de guardaalmacén picado de viruelas y previa presentación de la correspondiente orden del estado mayor, le ha deparado a Evsiukov unos pantalones y una cazadora de un color grosella subido.

La cara de Evsiukov tiene también, desde niño, un matiz grosella salpicado de rojizas pecas, y su cabeza, en lugar de pelo, está cubierta de un suave plumón de ánade.

Si añadimos a ello su estatura pequeña, su complexión maciza y toda su figura perfectamente ovalada, reconoceremos que, con la guerrera y los pantalones grosella, ha de parecerse como dos gotas de agua a un teñido huevo pascual.

En la espalda de Evsiukov, las correas de su marcial atuendo se cruzan en una «X», y parece que, si se vuelve, va a aparecer una «V», anunciando:

¡Cristo ha resucitado![3]

Pero no hay cuidado, porque Evsiukov no cree ni en la Pascua ni en Cristo.

Cree en el Soviet, en la Internacional, en la Cheka y en el pesado revólver pavonado que empuña su mano recia y nervuda.

---

[1] Arbustos de Asia Central. *(N. del T.)*

[2] Grado militar en las tropas zaristas y de guardias blancos, correspondiente al de capitán. *(N. del T.)*

[3] Las dos palabras de esta frase, en ruso, empiezan, respectivamente, con las letras mencionadas. *(N. del T)*

Los veintitrés que han salido hacia el norte con Evsiukov del mortal cerco de sables, son soldados rojos como muchos otros. De los más corrientes.

Y entre ellos, Mariutka se diferencia,

Hija de un pescador, huérfana de padre y madre, Mariutka es de un pueblecito de pescadores que se encuentra en el amplio delta del Volga, cerca de Astrakán, lugar rebosante de agua y cuajado de juncos y hierbas.

A partir de los siete años, se pasó doce a horcajadas sobre un banco, grasiento de las tripas de pescado, con unos inarrugables pantalones de embreada lona y abriendo con un cuchillo los escurridizos y plateados vientres de los arenques.

Y cuando hicieron público por ciudades y aldeas que se reclutaban voluntarios para la Guardia Roja -aún no era ejército-, Mariutka clavó de pronto el cuchillo en el banco, se levantó y fue a alistarse con sus pantalones inarrugables.

Al principio, la echaban con cajas destempladas, pero luego, al ver que todos los días se presentaba tenaz, acabaron por reírse y admitirla de guardia rojo con todos derechos y emolumentos, luego de firmar un papel comprometiéndose a renunciar al modo de vida femenino y a no tener hijos antes de la victoria definitiva sobre el capital.

Mariutka, fina, esbelta como un mimbre ribereño, tiene unas trenzas rojizas enlazadas a modo de corona bajo el pardo y alto gorro turkmenio; sus ojos oblicuos brillan locuelos con amarillo fulgor felino.

Lo principal en la vida de Mariutka son los sueños. Es muy aficionada a soñar y también le gusta escribir con un cacho de lápiz, en cualquier trozo de papel, las torcidas líneas en declive de unos versos.

Aquello lo sabía toda la unidad. En cuanto llegaban a alguna ciudad que tuviera periódico, ya estaba Mariutka pidiendo una hoja de papel en las oficinas militares.

Pasándose la lengua por los labios resecos de emoción, copiaba con cuidadosa letra sus poesías, le ponía un título a cada una y firmaba al pie: *Versos de María Básova.*

Sus poesías eran variadas. Tenían como tema la revolución, la lucha, los líderes de ésta. Había escrito una dedicada a Lenin:

Lenin; héroe nuestro proletario,
hemos de hacerte un monumento alto,
pues derribaste del zar el palacio
y te pusiste de pie sobre el trabajo.

Llevaba sus poesías a la redacción. Allí volvían los dilatados ojos hacia aquella muchacha delgadita, con zamarra y una carabina de soldado de caballería, tomaban los versos sin salir de su asombro y le prometían leerlos.

Mariutka esparcía sobre todos su mirada serena y se marchaba.

El secretario de la redacción, picado por la curiosidad, se ponía a leer aquello atentamente. Sus hombros se alzaban y empezaban a temblar hasta que la boca daba suelta a la incontenible carcajada. Acudían los colaboradores, y el secretario, ahogándose de risa, les recitaba los versos.

Los periodistas se desternillaban en los poyos de las ventanas, porque en aquellos tiempos las redacciones no andaban sobradas de muebles.

A la mañana siguiente, Mariutka se presentaba de nuevo. Observando escudriñadora el convulso temblequeteo de los carrillos del secretario, se ponía a recoger sus originales y decía, como una lección bien sabida:

- ¿No se pueden publicar, verdad? ¿No están desbastados del todo? ¡Y eso que yo busco el cogollo mismo, les meto bien el hacha! bueno, ¡qué le vamos a hacer!, los trabajaré más. ¿Por qué se resistirán tanto? ¡Mecachis en la mar!

Y se marchaba, encogiéndose de hombros perpleja, echado sobre la frente el alto gorro turkmeno.

Mariutka no acertaba en la línea, pero con el fusil tenía una puntería magnífica. En el destacamento de Evsiukov era el mejor tirador, y en los combates siempre se encontraba cerca del *agrosellado* comisario.

Este señalaba con el dedo:

- ¡Mariutka, mira! ¡Un oficial!

La muchacha cerraba un ojo, se pasaba la lengua por los labios y apuntaba despaciosa. Resonaba el disparo, que no fallaba nunca.

Bajaba el fusil e iba diciendo:

- Treinta y nueve, ¡rnecachis en la mar!.. Cuarenta, ¡mecachis en la mar!...

«¡Mecachis en la mar!» era la maldición favorita de Mariutka.

Las palabrotas no le gustaban; cuando las soltaban delante de ella, fruncía el entrecejo, callaba y se ponía colorada.

La promesa dada por escrito al estado mayor, la cumplía estrictamente. Nadie podía jactarse en el destacamento de que Mariutka le concediese sus favores.

Una noche, Gucha, un magiar recién incorporado al destacamento, que desde hacía unos días la miraba con ojos relucientes, se deslizó lascivo hasta ella. Y salió malparado del intento. A duras penas, escapó a rastras con tres dientes de menos y una desolladura en la sien. Aquello había sido obra de la culata del revólver...

Los soldados rojos se reían de Mariutka cariñosamente, pero, en los combates, cuidaban de ella más que de sí mismos.

Les impulsaba a hacerlo una ternura inconsciente, hondamente escondida bajo el duro caparazón, de vivos colores, de sus cazadoras, la añoranza del cálido y acogedor cuerpo de la hembra que habían

dejado en su hogar.

Así eran los veintitrés, el *agrosellado* Evsiukov y Mariutka, que ahora iban hacia el norte por las heladas y gruesas arenas del desierto.

Silbaba febrero, sonoro y nevoso, con los arpegios de plata de sus ventiscas. Muelles alfombras de congelado plumón cubrían las hoyadas entre las dunas, y sobre los hombres y la muchacha que se perdían en la nebulosidad de la borrasca abatíase fragoroso el cielo: unas veces con ulular salvaje de huracán, otras con el monótono y constante aullido de las balas enemigas que cruzaban el aire siguiéndoles tercas.

Costaba trabajo sacar de la nieve y las arenas los pies de plomo, calzados con botas destrozadas, los hambrientos camellos, de áspero pelaje caminaban con ronco hipar, lanzando bramidos y baba.

Las llanuras formadas por los vendavales refulgían con destellos de sal cristalizada y, en centenares de verstas a la redonda, el cielo estaba cortado de la tierra -con tajo de cuchillo carnicero- por la borrosa línea del bajo horizonte.

En realidad, este capitulo sobra por completo en mi relato.

Más fácil habría sido para mi empezar por lo principal, por aquello de que se trata en los capítulos sucesivos.

Pero el lector debe saber de dónde y cómo surgieron los restos de la sección especial de Gúriev, a treinta y siete verstas al noroeste de los pozos de Karakuduk, por qué razón apareció una mujer en un destacamento del Ejército Rojo, el motivo de que se llamase *agrosellado* al comisario Evsiukov, y otras muchas cosas por el estilo.

Cediendo a esa necesidad, yo he escrito este capítulo.

Pero puedo asegurarles que no tiene la menor importancia.

Capítulo segundo. En el que aparece a lo lejos una mancha oscura que se transforma al mirar más de cerca en el teniente de la guardia Govoruja-Otrok

Desde los pozos de Dzhan-Gueldí hasta los de Soi-Kuduk hay setenta verstas, y desde allí hasta el manantial de Ushkán, sesenta y dos más.

Por la noche, dando con la culata en una dilatada raíz a flor de tierra, Evsiukov dijo, gélida la voz:

- ¡Alto! ¡Pasaremos aquí la noche!

Encendieron unas ramas secas de *saxaúl* que ardieron con densas llamas humosas, y un círculo oscuro se formó alrededor, sobre la humedecida arena.

Sacaron de los bultos arroz y lardo. En el caldero empezó a hervir el guisote con acre olor de carnero.

Estaban estrechamente agrupados en torno a la lumbre. En silencio, castañeteando los dientes, procuraban resguardar el cuerpo de los fríos dedos de la nevasca, que se metían por todos los resquicios y agujeros. Se calentaban los pies en el mismo fuego, y el endurecido cuero de las botas se agrietaba crujiente.

Los trabados camellos hacían sonar monótonos sus cascabelones entre los albos remolinos rastreros.

Evsiukov, con dedos trémulos, lió un cigarrillo.

Lanzó una bocanada de humo, y con él salieron lentamente las palabras:

- Bueno, camaradas, hay que examinar la cuestión de adónde iremos.

- Adonde sea, ¡qué más da! -respondió una voz mortecina al otro lado de la hoguera-. De todos modos, estamos perdidos. A Gúriev, no es posible volver; ha caído allí una plaga infernal de cosacos. Y, de no ser a Gúriev, ¡no tenemos adónde tirar!

- ¿Y si fuéramos a Jiva?

- ¡Vaya una ocurrencia! ¿Seiscientas verstas, en invierno, por el Karakum? ¿Y qué vamos a echarle a la panza? ¿Los piojos que criemos en los calzones?

Resonaron las carcajadas, pero la misma voz mortecina dijo sin esperanza:

- ¡Se acabó! ¡Hincaremos el pico!

A Evsiukov se le encogió el corazón bajo la recia corteza grosella, pero, sin darlo a entender, atajó con rabia al que hablaba:

- ¡Oye tú, gallina! ¡No siembres el pánico! La pata puede estirarla cualquier idiota, lo que hace falta es aguzar la sesera para no largarse al otro barrio.

- Podemos tirar para el Fuerte Alexándrovski. Allí hay gente nuestra, pescadora.

- Ni hablar -replicó Evsiukov-. Han informado que Denikin hizo allí un desembarco. Tanto Krasnovodski como Alexándrovski se encuentran en poder de los blanquillos

Alguien adormilado, dejó escapar un gemido desgarrador.

Evsiukov se dio una palmada en la rodilla, cálida de la hoguera, y cortó tajante:

- ¡Basta! No hay más que un camino, camaradas, ¡al Aral! En cuanto lleguemos al Aral encontraremos a los nemakanes, que andan por aquellos lugares de la orilla; nos aprovisionaremos un poco, ¡y en marcha hacia Kazalinsk! Y en Kazalinsk se halla el Estado Mayor del frente. Una vez allí estaremos ya en casa.

Cortó tajante y se calló. El mismo no creía que se pudiera llegar allí.

Uno que estaba tumbado cerca preguntó, alzando la cabeza:

- ¿Y hasta el Aral qué vamos a manducar?

Evsiukov volvió a atajar severo.

- Habrá que apretarse el cinturón, ¡No somos grandes príncipes! ¿Quieres que te den sardinas con miel? Te arreglarás con lo que hay. Aún tenemos arroz, y también un poco de harina...

- ¿Para tres jornadas?

- Bueno, ¿y qué? ¡Aunque sean tres! Y hasta el golfo de Chernish, hay diez. Tenemos seis camellos. Cuando nos comamos las provisiones, mataremos a los camellos. De todos modos, ya no nos servirán para nada. El cuchillo a uno, la carne a lomo de otro, ¡y adelante! Así llegaremos.

Guardaron silencio. Mariutka, echada junto a la hoguera, el codo hincado en la arena y la mejilla apoyada en la mano, miraba al fuego con ojos inexpresivos, inmóviles, de gata. Evsiukov sintió una agitación imprecisa.

Se levantó bruscamente y se sacudió la nieve de la cazadora.

- ¡Se acabó! Mi orden es ponerse en marcha al amanecer. Puede que no lleguemos todos -la voz del comisario vaciló en el aire, como un pajarillo asustado- pero hay que ir... porque, camaradas..., la revolución lo exige... ¡Por los trabajadores del mundo entero!

Uno tras otro, el comisario fue mirando a los veintitrés, a la cara. Y no vio ya en sus ojos aquel fuego a que estaba acostumbrado desde hacía un año. Turbios y esquivos, miraban bajos a los lados con desesperación y desconfianza.

- Nos comeremos los camellos, y luego tendremos que comemos los unos a los otros.

Volvieron a guardar silencio.

Y de pronto, con aguda voz chillona de mujer Evsiukov gritó frenético:

- ¡Sin replicar! ¿No conoces el deber revolucionario? ¡A callar! Lo he ordenado, ¡y se acabó! De lo contrario, ¡al paredón!

Tosió y se sentó de nuevo.

E inesperadamente, el que removía el guisote con la baqueta de un fusil lanzó al viento su alegre llamada:

- ¿Qué hacéis ahí con el moco caído? ¡Meterle mano al arroz! ¿Me he esmerado yo en balde? ¡Hala, piojosos guerreros!

Tomaban con las cucharas compactas pellas de grasiento arroz y se las tragaban, quemándose, por miedo a que se enfriaran, pero en tanto las engullían, se formaba en sus labios una espesa película de lardo congelado, repugnante, sebosa.

La hoguera se extinguía, esparciendo en la noche surtidores de chispas pajizo-anaranjadas. Y los hombres se apretaban más estrechamente unos contra otros, se dormían, roncaban, gemían y blasfemaban en sueños.

Al filo ya del amanecer, despertaron a Evsiukov unos rápidos golpecitos en el hombro. Abriendo con dificultad los ojos, pegados por la escarcha de las pestañas, se incorporó y, por costumbre, tendió instintivamente hacia el fusil la entumecida mano.

- ¡Quieto, no te sulfures!

Inclinada sobre él, estaba allí Mariutka. Entre la neblina amarillo-grisácea de la nevasca brillaban sus ojos felinos.

- ¿Qué quieres?

- ¡Levántate, camarada comisario! ¡Pero calladito! Mientras vosotros roncabais, yo he dado una vuelta en camello. De Dzhan-Gueldí viene una caravana de kirguizes.

Evsiukov se volvió del otro lado. Y preguntó jadeando:

- ¿Qué caravana, qué estás ahí mintiendo?

- ¡Palabra!... ¡Que me muera, mecachis en la mar! ¡Son nemakanes! ¡Vienen en cuarenta camellos!

Evsiukov se puso en pie de un salto y silbó con los dedos. Los veintitrés se levantaron con esfuerzo, desentumeciendo sus ateridos cuerpos, pero, al oír lo de la caravana, se espabilaron en seguida.

Se levantaron veintidós. El veintitrés no lo hizo. Yacía envuelto en una gualdrapa, que temblaba de los tiritones de aquel cuerpo estremecido por febril delirio.

-¡Tiene calentura! -dictaminó con seguridad Mariutka, después de meterle los dedos por el cuello de la cazadora.

- ¡Ah, demonio! ¿Y qué hacemos ahora? Tapadle con unas mantas y que siga ahí echado. Cuando volvamos, lo recogeremos. ¿Por dónde dices que viene la caravana?

Mariutka tendió la mano hacia occidente.

- ¡No están lejos! A unas seis verstas. Son nemakanes ricos. ¡Traen en los camellos unos bultos así de grandes!

- Bueno, ¡ya lo veremos! Lo que hace falta es no dejarles escapar. En cuanto los divisemos, hay que rodearlos por todas partes. A todo correr. Unos por la derecha, otros por la izquierda. ¡En marcha!

Echaron a andar en fina hilera entre las dunas, un poco agachados, a paso de carga, animándose y entrando en calor con el correr.

Desde lo alto de una ondulada duna, vieron a lo lejos en una llanura del desierto, lisa como una mesa, las oscuras manchas de una larga fila de camellos.

En las gibas de los camellos se balanceaban pesados fardos.

- ¡El Señor nos los envía! Se ha compadecido de nosotros -dijo con devota unción Gvózdiev, un *molokanin*[4] picado de viruelas.

Y Evsiukov, sin poderse contener, repuso con aspereza:

- ¿El Señor? ¿Hasta cuándo voy a tener que decirte que no hay ningún Señor, y que en todo impera la línea física?

Pero no había tiempo para discusiones. A una voz de mando, empezaron a avanzar a salto de mata, aprovechando cada leve repliegue del arenoso terreno, cada grupito de arbustos. Empuñaban los fusiles con fuerza, hasta hacerse daño en los dedos, pues sabían que no era posible dejarles escapar, que con aquellos camellos se irían la esperanza, la vida, la salvación.

[4] Miembro de una secta religiosa de Rusia. *(N. del T.)*

La caravana se acercaba pausada y tranquila. En las se divisaban ya mantas de colorines y kirguizes con sus chilabas de abrigo y sus *malajayas*[5] de piel de lobo.

De pronto, se alzó sobre una duna Evsiukov, refulgente con su cazadora grosella y el fusil preparado. Al instante, su voz resonó como un clarinazo:

- ¡Alto! Si tenéis armas, tiradlas a tierra. Sin resistencia; de lo contrario, me cargo a todos.

No había terminado aún de gritar, cuando ya estaban los asustados kirguizes sobre la arena: boca abajo, trasero arriba.

Jadeantes de la carrera, acudían por todas partes soldados rojos.

- ¡Muchachos, coged los camellos! -vociferó con furia Evsiukov. Pero su voz fue apagada por el estruendo de una descarga cerrada de fusilería que partió de la caravana.

Aullaron rabiosas las balas como cachorros enfurecidos, y alguien, al lado de Evsiukov, hincó la cabeza en la arena y extendió los brazos, rígidas las manos.

- ¡Cuerpo a tierra!... ¡Duro con ellos, diablos!... -siguió gritando Evsiukov, tendiéndose en la pendiente opuesta de la duna. Chasqueaban los disparos cada vez con mayor frecuencia.

Gente desconocida disparaba parapetada tras los tendidos camellos.

No parecía que fuesen kirguizes. Demasiado certero y preciso era su fuego.

Las balas se incrustaban en la arena, junto a los mismos cuerpos de los soldados rojos tendidos sobre ella.

Retumbaba por la estepa el fragor de las descargas, pero ya iban disminuyendo un poco los disparos de la caravana.

Los soldados rojos empezaron a avanzar a rastras y a saltos.

Cuando estaba ya a unos treinta pasos, al mirar con detenimiento, Evsiukov vio tras un camello una cabeza con gorro de piel y blanco *bashlik*[6]; tras ella, un hombro, y sobre el hombro una franja dorada.

- ¡Mariutka, fíjate! ¡Un oficial!

- Ya lo veo.

Calmosa, apuntó. Restalló seco el disparo.

Tal vez tuviera Mariutka los dedos helados, quizá le temblaran de la emoción y la carrera, pero el caso es que, apenas hubo proferido: «¡Cuarenta y uno, mecachis en la mar!», se alzó tras el camello un hombre con albo *bashlik* y pelliza azul, levantando muy en alto el fusil. En la bayoneta flameaba un pañuelo blanco.

Mariutka tiró su fusil a la arena y, despechada, vertió unas lágrimas, que espació, al limpiárselas, por toda su cara sucia y quemada por el sol.

Evsiukov corrió hacia el oficial. Un soldado rojo se le adelantó, tomando sobre la marcha impulso con la bayoneta para hincarla mejor.

- ¡No lo toques!... ¡Atrápalo vivo! -ordenó el comisario, ronca la voz.

Se apoderaron del hombre de la pelliza azul y lo derribaron a tierra.

Los cinco que estaban con el oficial no se levantaron tras los camellos; el punzante plomo los había segado.

Con risotadas y juramentos, los soldados rojos tiraban de las argollas sujetas a los ollares de los camellos, que se resistían, y ataban juntos a unos cuantos.

Los kirguizes, balanceando los traseros, iban al trotecillo en pos de Evsiukov y lo agarraban de la cazadora, de los brazos, de los pantalones, del correaje, barbotando súplicas y mirándole a la cara con sus ojillos oblicuos y lastimeros.

El comisario los rechazaba con las manos, se apartaba presuroso de ellos, se enfurecía y, crispado de compasión el rostro, les metía el revólver por las achatadas narices y los pómulos salientes y atezados.

- ¡Quietos! ¡Atrás! ¡Sin réplicas de ninguna clase!

Un kirguíz ya de edad, de barba cana y buena zamarra atrapó a Evsiukov por el cinturón.

Y al momento, de prisa, muy de prisa, empezó a lamentarse, susurrante y zalamero:

- ¡Ay-bay! ...Hacer mal... El kirguíz necesitar camello para vivir; sin camello, ¡a morir! Tuyos, no hacer eso; tuyos dineros querer, nosotros dar bien. Dineros en plata, dinero del zar... billetes de Kerenski... Di, ¿cuánto tuyos querer para camellos devolver?

- Pero comprende, alcornoque, que nosotros, ahora, sin camellos, moriremos también. Y yo no robo, sino que, por necesidad revolucionaria, me los llevo para uso temporal. Vosotros, diablos nemakanes podéis llegar a pie a vuestra tierra, mientras que nosotros la diñaremos de seguro.

- ¡Ay-bay! Tú bueno no ser. Da camellos, toma billetes de Kerenski... -seguía con su retahíla el implorante.

Evsiukov se zafó de él:

- Mira, ¡vete al cuerno! Lo he dicho yo, ¡y se acabó! Sobran las palabras. Coge este recibo, y todo queda aquí.

Le tendió al kirguíz un recibo escrito con lápiz tinta en un trozo de periódico.

El kirguíz lo tiró a la arena, cayó de bruces sobre ella y, tapado el rostro con las manos, comenzó a dar alaridos.

Los demás siguieron en pie, callados; en sus negros ojos oblicuos temblaban silenciosas unas lágrimas.

Evsiukov se volvió de espaldas, y entonces se

---

[5] Gorros altos y puntiagudos con grandes orejeras. *(N. del T.)*

[6] Especie de capuchón de paño que se ponía encima del gorro. *(N. del T.)*

acordó del oficial prisionero.

Le vio entre dos soldados rojos. Estaba allí plantado, tranquilo, algo adelantada la pierna derecha, ceñida por alta bota sueca de fieltro, y fumaba mirando al comisario con sonrisa burlona.

- ¿Quién eres tú? -inquirió Evsiukov.

- El teniente de la Guardia Govoruja-Otrok. ¿Y tú? -preguntó a su vez el oficial, lanzando una bocanada de humo.

E irguió la cabeza.

Y cuando miró a los soldados rojos a la cara, Evsiukov y todos los demás vieron que sus pupilas eran azules, muy azules, como si en la nívea espuma jabonosa del blanco de los ojos flotaran dos glóbulos de superior añil francés.

Capítulo tercero. Sobre algunas molestias de un viaje sin camellos por el Asia Central y las emociones de los compañeros de Colón

En la cuenta de Mariutka, el teniente de la Guardia Govoruja-Otrok debía figurar con el número cuarenta y uno.

Pero la muchacha, fuera por la emoción o por el frío, había fallado el tiro.

Y el teniente continuaba en el mundo, como una cifra sobrante en la lista de los seres vivos.

Por orden de Evsiukov, registraron los bolsillos del cautivo y, en la espalda de la guerrera de ante, le hallaron uno disimulado y pequeño.

El oficial intentó encabritarse, igual que un potro de la estepa, cuando una mano de soldado rojo palpó el secreto escondrijo, pero, como le sujetaron fuertemente, sólo el temblor de los labios y la palidez del semblante delataron su agitación y desconcierto.

Con cuidado, desdobló Evsiukov sobre su cartera de campaña aquel paquetito recubierto de lienzo y empezó a leer con ansia los documentos que guardaba. Clavados en ellos los ojos, meneaba la cabeza con aire pensativo...

En aquellos papeles se decía que el teniente de la Guardia Vadim Nikoláievich Govoruja-Otrok estaba autorizado por el gobierno del almirante Kolchak, Regente Supremo de Rusia, para representar a éste con plenos poderes cerca del gobierno transcáspico del general Denikin.

El teniente, según se comunicaba en una carta, debería informar de palabra al general Dratsenko de las instrucciones secretas que llevaba.

Luego de doblar los documentos, Evsiukov se los guardó bien en el pecho y le preguntó a Govoruja:

- ¿Qué instrucciones secretas lleva usted, señor oficial? Tendrá que contarlo todo, sin tapujos, ya que es usted prisionero de unos combatientes rojos, y yo, el comisario Arsenti Evsiukov, soy el jefe de ellos.

Los ojos azul marino del teniente se alzaron hacia Evsiukov. Sonriendo sarcástico, dio un taconazo.

- ¡Oh! ¿*monsieur* Evsiukov?". ¡Tanto gusto! Por desgracia tengo plenos poderes de mi gobierno para entablar negociaciones diplomáticas con una personalidad tan notable.

Las pecas de Evsiukov se tornaron más pálidas que el rostro. Delante del destacamento entero, se burlaban de él.

El comisario sacó el revólver.

- ¡Oye tú, polilla blanca, no tontees! ¡O desembuchas o te tragas una bala!

El teniente se encogió de hombros.

- Tú serás comisario, ¡pero eres un zoquete! Con matarme no adelantarás absolutamente nada.

El comisario bajó el revólver y soltó un taco.

- Voy a hacerte bailar el *gopak,* hijo de perra. Me contarás de plano -rezongó.

Sonrió de nuevo el teniente, con la misma comisura de los labios.

Evsiukov escupió de rabia y se alejó.

- ¿Qué, camarada comisario? ¿Lo mandamos al otro mundo? -preguntó un soldado rojo.

El comisario se rascó con una uña la despellejada nariz.

- No..., no conviene. Este es un pez gordo. Y hay que llevarlo a Kazalinsk. Allí, en el Estado Mayor, le sacarán todo lo que sea preciso.

- ¿Y para qué cargar con este diablo? Quizá nosotros no lleguemos...

- ¿Es que empezamos ya a reclutar hasta oficiales?

Evsiukov enarcó el pecho y alzó el gallo:

- ¿A ti qué te importa? Yo soy el que me lo llevo, y yo respondo. ¡No hay más que hablar!

Al volverse vio a Mariutka.

- ¡Ah, Mariutka! Te encomiendo a este usía. ¡Mucho con él! Si se te escapa, ¡te desuello viva!

La muchacha, sin decir palabra, se echó el fusil al nombro y se acercó al prisionero.

- Anda, ven aquí. Estarás bajo mi custodia. Pero no te que, porque soy una mujer, vas a poderte escapar. A trescientos pasos te dejaré seco. Una vez he fallado, ¡pero no confíes en la segunda, ¡mecachis en la mar!...

El teniente la miró de soslayo, estremecido por la risa, y le hizo una elegante reverencia.

- Encantado de ser prisionero de una amazona tan hermosa.

- ¿Qué?... ¿Qué estás graznando ahí? -replicó Mariutka, fulminándole con la mirada-. ¡Bergante! Seguramente, fuera de los pasos de baile, no sabes hacer otra cosa... ¡No le des demasiado a la lengua! ¡Hala, echa palante! De frente, ¡march!

Aquel día pernoctaron a la orilla de una laguna.

El agua salobre recubierta de hielo despedía un hedor a podrido y a yodo.

Durmieron como troncos. Luego de quitar a los camellos sus mantas y alfombras de colorines, se arroparon bien con ellas para gozar de su paradisíaco calorcillo.

Mariutka, para mayor seguridad durante la noche,

ató al teniente de la Guardia, fuertemente, de pies y manos, con el áspero y largo ronzal de un camello y, después de liarse a la cintura la parte de cuerda sobrante, se enrolló el extremo en la diestra y apretó el puño.

Estallaron alrededor las risotadas. Un tal Semianni, de ojos saltones, gritó:

- ¡Fijaros, hermanos! ¡Cómo está hechizando Mariutka a su adorado! ¡Lo tiene ya aleladito!

Mariutka volvió la mirada hacia los que reían.

- ¡Largo de aquí, al cuerno, mecachis en la mar...! Lo tomáis a broma... ¿Y si se escapa?

- ¡Tonta! ¿Crees que va a jugarse la única cabeza que tiene? ¿A dónde va a huir en el desierto?

- De todos modos, así está más seguro. Anda, duerme, caballero chiflado.

Metió al teniente, de un empujón, debajo de la manta y se echó de un lado.

Es grato dormir bajo un cobertor de lana, al abrigo del aromoso fieltro que guarda la fragancia de la cálida estepa en julio, el olor del ajenjo y de las infinitas arenas granulosas. El cuerpo se deleita acunado por el más dulce de los sueños.

Evsiukov ronca bajo una alfombra, Mariutka se ha arrebujado a gusto con soñadora sonrisa, y, boca arriba, secamente estirado, prietos los finos labios de bello trazo, duerme el teniente de la Guardia Govoruja-Otrok.

Sólo el centinela está alerta. Permanece sentado en el borde de la manta, con el inseparable fusil sobre las rodillas, más entrañable que la esposa o la mujer amada. Escudriña la blanquecina bruma de la arremolinada nieve donde tintinean sordamente los cascabelones de los camellos.

Ahora hay cuarenta y cuatro camellos. Y el camino es recto, aunque penoso.

La duda ya no anida en los corazones de los soldados rojos.

Arremete el viento con silbantes trémolos; penetra, en unión de los copos de nieve, por las mangas del centinela. Este se encoge, titilando de frío, alza el extremo de la manta y se lo echa a la espalda. E inmediatamente dejan de pincharle los cuchillos de hielo y el cuerpo comienza a entrar en calor.

Nieve, alba neblina arremolinada, granulosas arenas.

Revuelto país asiático.

- ¿Dónde están los camellos? ¡Los camellos! ¡La madre que te ha parido!... ¡Maldito seas, canalla picado de viruelas! ¿Querías dormir, verdad?... ¿Qué has hecho, miserable? ¡Te saco las tripas!

Al centinela le da vueltas la cabeza de la terrible patada en el costado. La vista se le nubla.

Nieve y alba neblina arremolinada.

Cendal de la amanecida. Inmensos arenales.

Han desaparecido los camellos.

Donde se encontraran antes, hay huellas de camellos y hombres. Marcas allí dejadas por los puntiagudos *ichigs*[7] kirguizes.

Seguramente, durante la noche, tres kirguizes siguieron sigilosos al destacamento y luego, aprovechando el sueño del centinela, se llevaron las bestias.

Apiñados, callan los soldados rojos. Se han esfumado los camellos. ¿A dónde ir a buscarlos? Ya no es posible darles alcance, encontrarlos en los infinitos arenales...

- ¡Fusilarte es poco, hijo de perra! -le dice Evsiukov al centinela. Este no responde, pero, en sus pestañas, unas lágrimas congeladas semejan cristalillos.

... Asomó bajo la manta el teniente. Miró, lanzó un silbido y comentó burlón:

- ¡Buena disciplina la soviética! ¡Sois unos tontos de capirote!

- ¡Cállate la boca, asqueroso! -rugió Evsiukov, y, apagada la voz, que ya no parecía suya, masculló-: ¿Qué hacéis ahí parados? ¡En marcha, hermanos!

... Solamente once hombres, uno tras otro, andrajosos, tambaleándose, escalan a duras penas las altas dunas.

Diez han quedado tendidos, jalonando el negro camino.

Al amanecer, sus ojos turbios, desvalidos, se abrieron por vez postrera y se enfriaron para siempre sus piernas inmóviles, hinchadas, insensibles como leños mientras un estertor ronco escapaba de la garganta.

El *agrosellado* Evsiukov se acercaba a cada uno de los que yacían, pero el rostro del comisario no tenía ya el color de su cazadora. Estaba demacrado, grisáceo, y las pecas esparcidas por él parecían viejas monedillas de cobre.

Examinaba al caído y meneaba la cabeza. Luego, el helado cañón de su revólver chamuscaba la sien del desdichado, dejándole allí una herida que negreaba redonda, casi sin sangre.

Lo cubrían de arena, de prisa y corriendo, y continuaban adelante.

Pantalones y cazadoras se han destrozado, las botas se han caído a pedazos, y los pies son envueltos en trozos de manta, y en los dedos helados se enrollan unos trapos.

Diez hombres avanzan dando tropezones, tambaleándose del vendaval.

Sólo uno camina erguido y tranquilo.

El teniente de la Guardia Govoruja-Otrok.

Más de una vez, los soldados rojos le han dicho a Evsiukov.

- ¡Camarada comisario! ¿Vamos a ir aún mucho tiempo cargados con este tipo? Se zampa la ración en balde. Además su ropa y su calzado son buenos, podíamos repartírnoslos...

---

[7] Botas de caña alta y aguzada punta. *(N. del T.)*

Pero Evsiukov ha prohibido que se toque al teniente.

- Lo nevaré hasta el Estado Mayor, o pereceré con él. Puede contar muchas cosas. A un hombre así no se le puede matar sin más ni más. No escapará de la suerte que le espera.

El teniente va maniatado, por los codos, con el largo ronzal, y el extremo de éste lo tiene anudado Mariutka a la cintura. La muchacha apenas puede con los pies. En su rostro, blanco como la nieve, brilla solamente el felino fulgor amarillo de sus ojos, ahora inmensos.

En cambio, el teniente camina tan fresco. Únicamente está un poco pálido.

Una vez, se acercó a él Evsiukov, le miró a los glóbulos azul marino y le espetó, con voz bronca como un ladrido:

- ¡Ni el diablo te entiende! ¿Eres de hierro o de qué? Con esa endeblez tuya, y aguantas por dos. ¿De dónde sacas tantas fuerzas?

El teniente torció los labios con la burlona sonrisa de siempre y repuso sereno:

- No me entenderás nunca. Es la diferencia de culturas. En ti el cuerpo domina al alma, y en mí el alma domina al cuerpo. Si quiero, puedo ordenarme a mí mismo no padecer.

- Vaya, vaya dijo el comisario, alargando las palabras.

Alzábanse a los lados las grandes dunas, blandas, onduladas, movedizas. En lo alto de ellas serpenteaba la arena impulsada por el viento, y parecía que las ondulaciones aquellas no iban a tener fin.

Caían los hombres, rechinando los dientes, con sofocado alarido:

- No sigo más. Dejadme descansar. Me faltan las fuerzas.

Evsiukov se acercaba y levantaba al caído con denuestos y golpes.

- Adelante. Lo que no puedes es desertar de la revolución.

Y se levantaban. Seguían avanzando. Uno subió a una duna. Volvióse, mostrando su calavera y los dientes en sonrisa salvaje, y gritó estentóreo:

- ¡El Aral..., hermanos!...

Luego, cayó de bruces. Haciendo un supremo esfuerzo, Evsiukov corrió hacia arriba. Un azul deslumbrante hirió sus hinchados ojos. Los entornó e hincó en la arena los engarfiados dedos.

El comisario no sabía nada acerca de Colón, ni de que, exactamente igual que él, los navegantes españoles habían hincado sus dedos en la cubierta de las carabelas al oír el grito de: «¡Tierra!»

Capítulo cuarto. En el que se entabla la primera conversación entre Mariutka y el teniente, y el comisario prepara una expedición marítima

Al siguiente día, encontraron un *aú/*[8] kirguíz,

Antes habían percibido un acre olor a humo de *kiziak*[9] que venia de detrás de las dunas y contraía el estómago en amargo espasmo.

Aparecieron en la lejanía las redondas cúpulas rojizas de las *yurtas*[10]*y* unos perrillos pequeñajos de velludas patas se lanzaron gruñendo amenazadores al encuentro de los forasteros.

Los kirguizes salieron todos a las puertas de sus *yurtas* y, compasivos y asombrados, miraron a aquellos tambaleantes despojos humanos que llegaban.

Un viejo de nariz achatada se atusó los escasos pelillos de la barbita, se pasó luego la mano por el pecho y dijo, inclinando la cabeza:

- La paz sea con vosotros, ¿a dónde váis, *tiuriás*[11]*?*

Evsiukov estrechó débilmente la flaca mano apergaminada que el viejo le tendía.

- Somos rojos. Vamos a Kazalinsk. Danos albergue y algo que comer. El Soviet te agradecerá lo que hagas por nosotros.

El viejo, temblante la barbita, chasqueó los labios:

- ¡Ay-bayl... ¿Guerreros ro-ojos? ¿Bolcheviques? ¿Vienes de la capital?

- ¡No, *tiuriá!* No venimos de la capital, sino de Gúriev, tras largo camino.

- ¿De Gúriev?... ¡Ay-bay! ¡Ay-bay! ¿Cruzar todo el Karakum?

Los estrechos ojillos de los kirguizes se encendieron con fulgores de temor y admiración a aquel hombre de desvaída ropa color grosella que, en plenas heladas de febrero, había atravesado a pie el terrible desierto de Karakum, desde Gúriev hasta el Aral.

El viejo dio unas palmadas y, con voz gutural, arrulladora, ordenó algo a las mujeres que acudieron.

Tomó al comisario del brazo:

- Ven, *tiuriá,* entrar *yurta.* Dormir poquito, poquito, dormir; luego, comer...

Muertos de cansancio, se derrumbaron como fardos, envueltos en el humo y la tibieza de las *yurtas* y estuvieron durmiendo inmóviles hasta el anochecer. Los kirguizes, que habían hecho su típico arroz, los obsequiaron pródigos con él. Amistosos pasaban la mano por las espaldas de los soldados rojos, de paletillas salientes.

- Come, *tiuriá,* come. Estar algo reseco. Come, para sanar.

Engullían con ansia, atragantándose. Los vientres se hinchaban del grasiento arroz, y muchos se sentían

---

[8] Poblado de nómadas en el Asia Central. *(N. del T)*

[9] Estiércol prensado y cortado en adobes que se utilizaba como combustible en las regiones esteparias. *(N. del T.)*

[10] Tiendas, generalmente redondas, utilizadas como viviendas por los kirguizes y algunos otros pueblos nómadas. *(N. del T.)*

[11] Amigos. *(N. del T.)*

mal. Corrían a la estepa, se metían los temblorosos dedos en la garganta, hasta vomitar, y, aliviados, volvían a comer más. Desmadejados y sudorosos, se durmieron de nuevo.

Solamente no dormían Mariutka y el teniente.

Sentada junto a las mortecinas ascuas del brasero, Mariutka ni se acordaba ya de las penalidades pasadas.

Había sacado de la cartera el consabido cacho de lápiz y estaba trazando letras y más letras en una página -pedida a una kirguiza- del suplemento ilustrado de *Novoie vremia*[12]. Llenaba toda la página el retrato del conde de Kokóvtsev, Ministro de Hacienda, y sobre su despejada y clara barbita iban apareciendo unos renglones en declive.

Tenía, como de ordinario, liado a la cintura el largo ronzal y con el otro extremo le había atado al teniente las manos a la espalda.

Sólo por una hora había liberado al teniente de sus ligaduras para que comiera arroz hasta hartarse, y cuando, ahíto, se apartó del caldero, volvió a maniatarlo.

Los soldados rojos bromearon:

- Je, je, talmente como un perro de presa.

- ¿Te has prendado de él, Mariutka? Amarra, amarra bien a tu adorado tormento. No vaya a presentarse en mala hora Maria Márevna, en su tapiz volador, y te arrebate al amado.

Mariutka no se dignó contestar.

El teniente estaba ahora sentado, con un hombro apoyado en el poste central de la *yurta*. Sus ojos azul marino seguían el trabajoso ir y venir del lápiz.

Adelantó el cuerpo cuanto pudo y preguntó quedo:

- ¿Qué estás escribiendo?

Mariutka le miró de soslayo por entre la caída crencha azafranada.

- ¿Y a ti qué te importa?

- ¿Quieres escribir alguna carta? Díctame y yo lo haré.

Mariutka soltó una risilla.

- ¡Mira, qué listo! Eso es para que te desate las manos y, una vez libres, darme en los morros y echar a volar... ¡Te equivocas, halcón, a mí no me la das! No necesito tu ayuda. No escribo una carta, sino versos.

El teniente abrió unos ojos como platos y apartó la espalda del poste.

- ¿Versos?... ¿Tú estás escribiendo versos?

Mariutka interrumpió el convulso rasguear del lápiz y se puso más roja que la grana.

- ¿Te sorprende, eh? ¿Te figuras que sólo tú sabes pasos de baile y que yo soy una aldeana tonta? ¡Pues no soy más tonta que tú!

El teniente echó hacia atrás los codos; las manos no se movieron.

- Yo no te creo tonta. Lo que pasa es que me asombra. ¿Es que corren tiempos para versos?

Mariutka abandonó el lápiz y movió bruscamente la cabeza esparciendo sobre el hombro el rojizo bronce de sus cabellos.

- ¡Qué cosas tienes! ¡Dejas a una pasmada! ¿Según tú, los versos hay que escribirlos sobre colchones de plumas? ¿Y si el alma me hierve? ¿Y si sueño con pintar cómo, hambrientos y helados, atravesamos los arenales? Ansío exponerlo todo de manera que a la gente se le llaga un nudo en la garganta. Yo pongo en los versos toda la sangre de mis venas. Pero no quieren publicármelos. Dicen que tengo que estudiar. ¿Y de dónde saca una el tiempo para el estudio? Los escribo con el corazón, ¡tal como salen de él!

El teniente dilató los labios en una lenta sonrisa:

- ¡Deberías leérmelos! Sería muy curioso... Yo entiendo de versos.

- No los comprenderás. Tu sangre es de señor, viscosa. A ti hay que describirte las florecitas, las hembras guapas, y yo todo lo que tengo es acerca de los pobres, de la revolución -dijo Mariutka tristemente.

- ¿Por qué no los voy a comprender? -repuso el teniente-. Puede que, por su contenido, sean para mí ajenos, pero una persona siempre puede comprender a otra.

Mariutka, indecisa, puso a Kokóvtsev cabeza abajo. Y clavó los ojos en el suelo.

- Bueno, allá van, ¡escucha! Pero no te rías. A ti, seguramente, tu papaíto te habrá tenido con *percestores* hasta los veinte años; en cambio a mí no me ha enseñado nadie.

- ¡No me reiré! ¡Palabra de honor!

- Entonces, ¡atiende! Aquí está descrito todo. Cómo luchamos contra los cosacos y cómo salimos a la estepa.

Mariutka carraspeó. Cambió la voz, haciéndola profunda y grave, y empezó a soltar palabras, tajante, girando los ojos con fiereza:

Cuando nos atacaron los cosacos,
esos verdugos, del zar lacayos,
los bravos soldados rojos
los recibimos a balazos.
Muchos eran los cosacos,
y hubimos de retroceder.
Evsiukov, con embate heroico,
nos mandó el cerco romper.
Con las ametralladoras
buscamos la salvación,
todos los nuestros cayeron,
una veintena escapó...

- Y ahí me he quedado atascada. Por más que me esfuerzo, no puedo seguir. ¿Cómo meto yo ahí a los camellos? ¡Mecachis en la mar!... -y a Mariutka se le quebró la voz.

[12] «Tiempos Nuevos». *(N. del T.)*

Perdíanse en la penumbra los dos glóbulos azules; sólo en lo blanco de los ojos se reflejaban, húmedas, violáceas, las alegres ascuas del brasero, cuando el teniente, luego de un silencio, comentó:

- ¡Son fuertes, desde luego! Hay en ellos mucha expresión y sentimiento, ¿comprendes? Se ve que están escritos con toda el alma -el teniente estremecióse, como si hipara, y se apresuró a añadir-: No te ofendas, pero los versos son muy malos. No están pulidos, les falta arte.

Mariutka dejó caer con desaliento, sobre sus rodillas, la página. Callada, alzó los ojos hacia el techo de la *yurta.* Luego, se encogió de hombros.

- Eso mismo digo yo, que tienen sentimiento. Lloro toda, por dentro, cuando relato esto. Y lo de que no están pulidos, en todas partes me dicen exactamente igual que tú. «Sus versos no están desbastados, no se pueden publicar». ¿Y cómo pulirlos? ¿Cuál es el secreto? Usted, como *antilectual,* tal vez lo sepa... -Mariutka, en su emoción, hasta hablaba ya de «usted» al teniente.

Este callaba.

- Es difícil contestar -rompió la pausa-. La poesía, ¿sabe?, es un arte. Y todo arte requiere conocimientos, tiene sus reglas y sus leyes. Por ejemplo, si un ingeniero no conoce todas las reglas de la construcción de un puente, no lo construirá; y si lo construye, le saldrá feo e inútil.

- Bien, eso los puentes... Para hacerlos, hay que saber aritmética y otras muchas mañas de los *enginieros.* Pero los versos los llevo yo dentro, en el mismo cogollo, desde la cuna. Y eso viene a ser talento natural...

- Aunque lo sea. El talento también se desarrolla con el estudio. El ingeniero es precisamente ingeniero, y no médico, porque desde que nace siente inclinación hacia el arte de construir. Pero si no estudia, no llegará a hacer nada.

- ¿De verdad?... ¡Qué cosas pasan! ¡Mecachis en la mar! ¡En cuanto terminemos de pelear, iré sin falta a una escuela donde enseñen a hacer versos! ¿Hay escuelas de ésas?

- Debe haberlas -contestó pensativo el teniente.

- Iré sin falta. Me están consumiendo los dichosos versos. El alma me arde del deseo de verlos metidos en un librito con mi firma debajo de todos ellos: *Verso de María Básova.*

Se había apagado el brasero. En la oscuridad rugía enfadado el viento, escarbando el fieltro que cubría la *yurta.*

- Oye tú, cadete -dijo de pronto Mariutka-. Seguramente te dolerán las manos.

- ¡No mucho! Sólo las tengo entumecidas.

- Bueno, verás... Júrame que no piensas escaparte. Y te desataré.

- ¿Pero adónde voy a huir? ¿A las arenas del desierto? ¿Para que los chacales me despedacen? ¡No me quiero tan mal!

- De todos modos, ¡júralo! Repite conmigo: «Juro por el proletariado pobre, que lucha por sus derechos, y ante la combatiente roja María Básova, que no pienso escaparme».

El teniente repitió el juramento.

Aflojóse el apretado nudo del ronzal, dejando libres hinchadas muñecas.

El teniente movió los dedos con fruición.

- Anda, duerme -dijo Mariutka, bostezando-. Y ahora, si te escapas, serás el último de los canallas. Toma esta manta, tápate.

- Gracias, me taparé con la pelliza. Buenas noches María...

- Filátovna -agregó Mariutka su patronímico, con empaque, y se zambulló bajo la manta.

Evsiukov tenía prisa por dar cuenta de su paradero al Estado Mayor del Frente.

Había que descansar en el *aúl,* entrar en calor y reponer fuerzas. Al cabo de una semana, decidió avanzar la costa, rodeando el poblado de Aralsk, y seguir hasta Kazalinsk.

A la semana siguiente, por unos kirguizes forasteros, se enteró el comisario de que, a unas cuatro verstas de allí, una tempestad de otoño había arrojado un bote de pescadores a la costa del golfo. Los kirguizes aseguraban que el bote estaba en buenas condiciones. Se encontraba en la orilla; los pescadores debían haberse ahogado.

El comisario fue a verlo. Era de roble amarillo, fuerte, y estaba casi nuevo. La tempestad no había averiado el casco. Solamente tenía desgarrada la vela y arrancado el timón.

Después de un cambio de impresiones con los soldados rojos, Evsiukov pensó enviar parte de la gente por mar, sin demora alguna, al estuario del Sirdariá. El bote podía llevar perfectamente a cuatro hombres y una pequeña carga.

- Será lo mejor -dijo el comisario-. Así, en primer lugar, entregaremos el prisionero cuanto antes. Pues el diablo sabe lo que puede ocurrir de nuevo por el camino. y hay que hacerle llegar forzosamente al Estado Mayor. Además, allí sabrán dónde estamos y mandarán en nuestra ayuda a una patrulla con ropa y algo más.

El bote, con viento a favor, cruzará el Aral en tres o cuatro días, y al quinto, estarán en Kazalinsk.

Evsiukov escribió un parte y lo metió en el paquetito recubierto de lienzo, donde se hallaban los documentos del teniente, que siempre llevaba consigo en el bolsillo interior de la cazadora.

Unas kirguizas remendaron la vela, el comisario hizo él mismo un nuevo timón con unos trozos de tabla arrancados de la bancada del bote.

Y un frío amanecer de febrero en que un sol bajo, semejante a un disco de cobre bruñido, se deslizaba solitario por el inmenso azul turquesa, sacaron el bote, arrastrado por unos camellos, a la linde de la

corteza de hielo.

Lo echaron al agua libre y embarcaron a los enviados.

Evsiukov aleccionó a Mariutka:

- ¡Tú serás el jefe de la expedición! Toda la responsabilidad recae sobre ti. Mucho ojo con el cadete. Si lo dejas escapar, despídete de este mundo. Entrégalo al Estado Mayor, vivo o muerto. Y si por casualidad os tropezáis con los blancos, no permitas que lo cojan vivo. ¡Ea, a la mar!

Capítulo quinto. Tomado por completo de Daniel Defoe, con la diferencia de que Robinson no tuvo que esperar a Viernes mucho tiempo

El Aral es un mar triste.

Orillas llanas y a lo largo de la costa, ajenjo, arenas, lomas en ondulada cadena discontinua.

Las islas son en el Aral a modo de hojuelas de sartén; planas, lustrosas, parecen flotar sobre el agua sin que se vean apenas sus contornos ni se perciba en ellas vida alguna.

Ni pájaros ni cereales, solamente en verano llega a aquel solitario paraje el hálito del hombre.

La principal de todas es la isla de Barsá-Kelmés.

No se sabe a ciencia cierta lo que su nombre significa, aunque los kirguizes afirman que «perdición de los hombres».

En verano, desde el poblado de Aralsk, vienen a la isla los pescadores. Rica es en este aspecto Barsá-Kelmés; en sus aguas abundan los peces.

Mas en cuanto empieza a ulular el sudeste otoñal, llenando las aguas de borreguillos de espuma, los pescadores se ponen a salvo en la apacible rada de su poblado y no vuelven a asomar por allí las narices hasta la primavera.

Cuando no tienen tiempo de llevarse toda la pesca, ésta se queda en la isla a invernar, formando pilas salobres en tinglados de madera.

En los inviernos crudos, cuando el agua se hiela desde el golfo de Chernishev hasta la misma Barsá, la isla queda abierta a los chacales de la estepa. Acuden corriendo por el hielo y se dan grandes atracones de barbo o de carpa salpresados, hasta que revientan en el sitio.

Y cuando al volver la primavera, el Sirdariá con sus arcillosas aguas turbio-amarillentas en crecida, rompe la corteza de hielo, los pescadores no encuentran nada de lo que dejaran abandonado en otoño.

De noviembre a febrero ruge el sudeste campando por sus respetos en el mar. El resto del tiempo, sólo de vez en cuando se levantan temporales, y en verano, el Aral permanece refulgente y liso como un buen espejo.

Tedioso es el mar de Aral.

Únicamente lo alegra una circunstancia: su singular color azul.

Es un azul profundo, aterciopelado, con cambiantes reflejos de zafiro.

En todas las geografías se consigna.

Al enviar a Mariutka y al teniente, el comisario calculaba que a la semana siguiente era de esperar bonanza. Los kirguizes, guiándose de viejos presagios suyos, opinaban lo mismo.

Por ello, se hizo a la mar el bote, rumbo a Kazalinsk, con Mariutka, el teniente, Semianni y Viájir, dos muchachos avezados. en los riesgos del navegar.

Una suave brisa henchía jubilosa la remendada vela, susurrante al paso de cada ola. Crujía soñoliento el timón en los virajes, mientras junto a la borda bullía una espuma densa, de brillo aceitoso.

Mariutka había desatado por completo las manos al teniente -¿adónde podía huir un hombre desde una barca?-, y Govoruja-Otrok se turnaba con Semianni y Viájir en el gobierno de las escotas.

El prisionero se conducía a sí mismo.

Y cuando entregaba las escotas a los soldados rojos, se tumbaba en el fondo, tapándose con la manta, y sonreía a unos pensamientos enigmáticos, suyos, de teniente, que nadie más que él conocía.

Aquello intranquilizaba a Mariutka.

«¿Por qué irá tan risueño todo el tiempo? Cualquiera diría que va a su casa, a gozar de la vida. Cuando lo que le espera está bien claro: le interrogarán en el Estado Mayor, y luego, lo pasará mal. ¡Le falta algún tornillo, es un chiflado!»

Pero el teniente, desconocedor de los pensamientos de la muchacha, continuaba sonriendo.

Sin poderse contener, Mariutka preguntó:

- ¿Dónde te has acostumbrado tú al mar?

Govoruja-Otrok, después de pensarlo un poco, respondió:

- En Petersburgo... Yo tenía mi propio yate... Grande. Y navegaba por el litoral.

- ¿Qué yate?

- Una especie de barco... de vela.

- ¡Vaya! Como si yo no supiera lo que es un yate. Lo sé tan bien como tú. Estoy harta de vérselos a los burgueses en el club náutico de Astrakán. Allí había infinidad de ellos. Eran blancos, altos, de buena planta, como los cisnes. Yo te pregunto otra cosa. ¿Cómo se llamaba?

- «Nelly».

- ¿Y qué significa eso?

Mi hermana se llamaba así. Y en honor suyo, le dimos al yate tal nombre.

- Ese no es un nombre cristiano.

- Sí, Elena, y en inglés, Nelly.

Mariutka quedó en silencio, mirando al sol blanco que vertía fríos chorros de reluciente miel, mientras descendía lento hacia la aterciopelada superficie del agua azul.

Y habló otra vez:

- ¡Agua! ¡Qué azul tan puro tiene! La del Caspio es verde; en cambio aquí, ¡fíjate qué azul es!

El teniente comentó, como pensando en voz alta, para él solo:

- Con arreglo a la escala de Forel, le corresponde el número tres.

- ¿Qué dices? -inquirió Mariutka, volviéndose intranquila.

- Nada; hablo conmigo mismo. Del agua. He leído en la hidrografía que el agua de este mar es de un color azul muy vivo. Forel, un hombre de ciencia, compuso una tabla de matices del agua marina. La más azul es la del Océano Pacífico. Y ésta, según esa tabla, se acerca al número tres.

Mariutka entornó los ojos, corno si quisiera imaginarse la tabla de Forel, iluminada con las distintas tonalidades azules.

- Hermoso azul. ¿Con qué se puede comparar? Es como... -abrió los ojos y, de pronto, clavó sus pupilas amarillas, felinas, en los glóbulos azul marino del teniente. Echó el cuerpo hacia adelante, estremecióse toda y quedó con la boca abierta, pasmada, como si hubiera hecho un sorprendente descubrimiento-. ¡Madre santa! -exclamó en un susurro-. ¡Tienes los ojos exactamente del mismo color que el agua del mar! Cada vez que te miraba, me recordaban algo muy conocido, ¡mecachis!...

El teniente no despegaba ya los labios.

Raudales de sangre anaranjada se expandían por el horizonte, el agua tenía a lo lejos un cambiante brillo de tinta. Había empezado a soplar un vientecillo gélido.

- Viene de Oriente -afirmó Semianni, en tanto se arrebujaba en su harapiento capote.

- Y menos mal, si no se levanta el sudeste... -repuso Viájir.

- ¡Ni hablar! Un par de horitas más de embate, y se verá ya Barsá. Si sopla bien el viento, pasaremos la noche allá.

Callaron. El bote comenzó a dar bandazos sobre las crestas plomizas de las oscurecidas olas.

Por el afelpado cielo negroazulenco se extendieron las nubes en estrechas franjas.

- Ya lo decía yo. Aprieta el sudeste.

- Pronto debe aparecer Barsá. Tiene que estar a la izquierda, entre la bruma. Es un infierno la tal Barsá. No encuentras más que arenas por todas partes, ¡aunque revientes! Y el viento aúlla sin parar... ¡Fila, mala carroña, las escotas! ¡Esto no son tirantes de general!

El teniente no había largado a tiempo las escotas. El agua saltó por la borda e irrumpió en el bote: un torrente de espuma fustigó los rostros.

- ¿Y qué culpa tengo yo? Eso es que María Filátovna se ha dormido con el timón.

- ¿Que yo me he dormido? ¿Qué estás diciendo, mal bicho? ¡Yo llevo agarrada al timón desde los cinco años!

Las olas les perseguían, lanzando sobre ellos sus altas crestas negras, semejantes a dragones que se aferraban a las bordas con sus silbantes fauces.

- ¡Ay, madre! Ojalá lleguemos a Barsá cuanto antes. ¡Qué oscuridad! No se ve ni gota.

Viájir miró a la izquierda. Y lanzó un grito jubiloso, sonoro:

- ¡Ella es! ¡Ahí está la canalla!

A través de las salpicaduras y el aire turbio se columbraba, intermitente y baja, una franja blanquecina.

- ¡Enfilad la costa! -rugió con voz tonante Semianni-. ¡Quieta Dios que lleguemos!

Crujió del golpe la popa, lanzaron las cuadernas un largo quejido. La cresta de una ola abatióse sobre el bote y el agua les cubrió los tobillos.

- ¡Achicad el agua! -gritó penetrante Mariutka, levantándose de un salto.

- ¿Achicarla?... ¿Con qué diablos la vamos a achicar?

- ¡Con los gorros!

Semianni y Viájir se quitaron en seguida los gorros y empezaron a sacar con celeridad el agua.

El teniente dudó un momento, luego quitóse también su gorro finés de piel y acudió presuroso a ayudar.

La franja blanca flotaba a ras de agua, viniendo hacia el bote, convirtiéndose poco a poco en llana costa cubierta del leve plumón de nieve. La agitada espuma aumentaba su albura.

Arremetía el viento embravecido con prolongado aullar levantando movedizos montículos, cada vez más altos, de agua chapoteante.

Con furia, embistió la vela, encampanó su preñado vientre y lo desgarró.

Estalló la vieja lona con estruendo de cañonazo.

Semianni y Viájir se abalanzaron hacia el mástil.

- ¡Sujetad los cabos!- mandó con estridente alarido Mariutka, desde la popa, en tanto empujaba con el pecho la barra del timón.

Una encrespada ola fragorosa acometió por detrás a la embarcación, inclinándola completamente sobre un costado, y deslizóse por ella como una densa y fría gelatina de cristal.

Cuando se enderezó el bote, lleno de agua casi hasta las bordas, ni Semianni ni Viájir estaban ya junto al mástil. Tan sólo flameaban crujientes los jirones de la vela.

El teniente, sentado en el fondo, con agua hasta la cintura, se santiguaba con pequeñas crucecitas.

- ¡Hijo de Satanás!... ¿Qué haces ahí mojado? ¡Achica el agua! -y, por primera vez en toda su vida, soltó unos ternos rotundos.

Alzóse el increpado, sacudiéndose como un perrillo, y empezó a echar fuera el agua.

Entretanto, Mariutka se desgañitaba gritando en la noche, entre el ulular del viento y el estruendo de la tempestad:

- ¡Semian-ni-i-i!... iViá-ji-i-ir!

Azotaba chasqueante la espuma. No se oía la voz

humana.

- ¡Se han ahogado los malditos!

El viento llevaba el bote, medio hundido, a la orilla. Se agitaba hirviente el agua en torno de él. Una nueva embestida lo encalló en la arena.

- ¡Salta! -grito Mariutka, dando el ejemplo. El teniente se arrojó tras ella.

- ¡Tira del bote!

Aferrándose a la amarra, cegados por las salpicaduras y derribados con frecuencia por las olas, sacaron hasta la orilla el bote, que se incrustó pesadamente en la arena. Mariutka tomó los fusiles.

- ¡Recoge tú las mochilas con la pitanza! ¡Carga con ellas!

El teniente obedeció sumiso. Cuando llegaron a lugar seco, Mariutka echó los fusiles sobre la arena. El teniente dejó al lado las mochilas.

Mariutka volvió a gritar a las tinieblas:

- ¡Semian-ni-i!... ¡Viá-ji-ir!

Nadie respondió.

Luego, se sentó en las mochilas y rompió a llorar con desconsuelo y lágrimas de mujer.

El teniente permanecía en pie a su espalda, castañeteando los dientes.

Pero de pronto se encogió de hombros y lanzó al viento:

- ¡Atiza!... ¡Un verdadero cuento! ¡Robinsón en compañía de Viernes!

Capítulo sexto. En el que se entabla la segunda conversación y se explican los nocivos efectos fisiológicos del agua del mar a la temperatura de +2° reaumur

El teniente tocó a Mariutka en el hombro.

Intentó varias veces hablar, pero el castañeteo de dientes se lo impedía.

Sujetóse con el puño la temblante mandíbula y profirió:

- Con llantos no se adelanta nada. En lugar de estar aquí parados, ¡hay que echar a andar! De lo contrario, ¡nos helaremos!

Mariutka alzó la cabeza. Y repuso sin esperanza.

- ¿Adónde vamos a ir? Estamos en una isla. Rodeados de agua.

- Hay que echar a andar. Yo sé que por aquí hay cobertizos.

- ¿Y cómo lo sabes tú? ¿Es que has estado aquí alguna vez?

- No, nunca. Pero cuando estudiaba en el Liceo, leí que los pescadores construyen en estos parajes cobertizos para el pescado. Hay que encontrar uno.

Bueno, aunque lo encontremos, ¿y después, qué?

- Ya veremos mañana; la almohada es buena consejera. ¡Levántate, Viernes!

Mariutka miró asustada al teniente.

- ¿Has perdido la chaveta?... ¡Ay, Dios mío!... ¿Qué voy a hacer contigo? Hoy no es viernes, sino miércoles.

- ¡No importa! No hagas caso. Ya hablaremos de eso más tarde. ¡Levántate!

Mariutka se levantó sumisa. El teniente se agachó para coger los fusiles, pero la muchacha le sujetó la mano.

- ¡Quieto! ¡Déjate de bromas!... ¡Me diste palabra de que no te escaparías!

El teniente liberó de un tirón la mano y prorrumpió en roncas, estentóreas carcajadas.

- Por lo visto, ¡quien ha perdido la chaveta eres tú, no yo! Recapacita, mema, ¿puedo yo ahora pensar en huir? Y si quiero llevar los fusiles es para evitarte esa carga.

Mariutka se apaciguó; sin embargo, le advirtió con suavidad y en serio:

- Por lo de la ayuda, gracias. Pero yo tengo orden de conducirte hasta el lugar de destino... Por lo tanto, no puedo entregarte las armas, ¡yo respondo de todo!

El teniente encogióse de hombros, tomó las mochilas y echó a andar delante. La arena, mezclada con la nieve, crujía bajo los pies. La orilla, siempre llana, de una lisura abominable, se extendía sin fin.

A lo lejos se columbró algo grisáceo, cubierto de nieve.

Mariutka se tambaleaba, agobiada por el peso de los tres fusiles.

- ¡No te apures, María Filátovna! ¡Aguanta un poco! Eso debe ser precisamente un cobertizo.

- Ojalá lleguemos pronto, me faltan las fuerzas. Estoy toda helada.

Por fin, dieron con el cobertizo. Dentro, estaba oscuro como boca de lobo y se percibía un nauseabundo olor a pescado, a humedad y a sal enmohecida.

El teniente palpó unos montones que allí había.

- ¡Oh! ¡Pescado! Al menos, no pasaremos hambre.

- Si tuviéramos luz... Para echar una ojeada alrededor. Tal vez haya algún rincón resguardado del viento -dijo Mariutka con lastimera voz.

- ¡Pues no pides tú poco! No esperes aquí luz eléctrica.

- Se podía encender algún pescado... Tienen mucha grasa.

El teniente volvió a soltar la carcajada.

- ¿Encender pescado? Desde luego, te has vuelto loca.

- ¿Yo? ¿Por qué? -replicó enojada Mariutka-. ¡Cuánto no habremos quemado en el Volga!... Y arde mejor que la leña.

- Es la primera vez que lo oigo... Bueno, ¿y con qué vamos a prenderle fuego?... Yesca tengo, pero, ¿dónde están las virutas?...

- ¡Ay, calamidad! ¡Buen galán estás tú hecho!... Se ve que te has pasado la vida pegado a las faldas de tu mamaíta. Toma, saca las balas mientras yo arranco unas astillas de la pared.

El teniente, a duras penas extrajo con los dedos

helados las balas de tres casquillos de fusil. Mariutka, que volvía ya con las astillas, tropezó con él en la oscuridad.

- ¡Echa aquí la pólvora!... En un montoncito... ¡Dame la yesca!

Brilló un punto anaranjado en la yesca, Mariutka la introdujo en el montoncillo de pólvora. Oyóse un bufante silbido y fue surgiendo lentamente una llamita amarilla, que prendió en las astillas secas.

- ¡Listo! -exclamó gozosa-. Coge pescado... Trae unas carpas, de las más grasientas.

Sobre las encendidas astillas fueron colocando pescados, cruzándolos. Estos se retorcieron e inflamaron de pronto con intensa y ardiente llamarada.

- Ahora, no tienes más que ir echando... ¡Hay comida para medio año!

Mariutka esparció la mirada en derredor. La trémula luz de la llama proyectaba danzantes sombras sobre los enormes montones de pescado. Las paredes, de madera, estaban llenas se rendijas y agujeros. Luego, empezó a recorrer el cobertizo. Desde el fondo, gritó:

- ¡Aquí hay un rincón intacto! Echa más carpas, para que no se apague. Levantaré unos tabiques, y haré una verdadera habitación.

El teniente, encogido, tiritando de frío, se sentó junto al fuego para entrar en calor. En el rincón chasqueaban, al caer en el suelo, los pescados que la muchacha iba tirando. Al cabo de un buen rato, llamó:

- ¡Ya está lista! ¡Trae luz!

El teniente levantó de la cola una carpa ardiendo y se dirigió hacia el rincón. Mariutka había erigido tres mamparos de pescado, entre los que quedaba un espacio de dos metros y pico.

- Métete y préndeles fuego. En el centro he puesto unos cuantos. Entretanto, yo iré en un vuelo por las provisiones.

El teniente introdujo la carpa bajo la rejilla de los pescados cruzados. Despacio, de mala gana, acabaron por arder. Volvió Mariutka, dejó en el rincón los fusiles y las mochilas en el suelo.

- ¡Mecachis en la mar!... Lástima de muchachos. ¡Qué tontamente se han ahogado!

- No estaría mal secar la ropa. Podemos agarrar un resfriado.

- ¿Y quién te lo impide? El fuego del pescado calienta bien. Desnúdate, ¡y sécala!

El teniente titubeó.

- Séquese usted primero, María Filátovna. Entretanto, yo esperaré ahí fuera. Luego, lo haré yo.

Mariutka miró compasiva a aquel rostro trémulo.

- ¡Ay, tonto de capirote! Tienes manías de gran señor. ¿Por qué te asustas? ¿No has visto nunca a una mujer desnuda?

- No lo digo por eso... Tal vez le sea a usted violento.

- ¡Pamplinas! Todos somos de la misma carne. ¡La diferencia es bien poca! -y le ordenó, casi a voces-: ¡Desnúdate, pasmado! Te tabletean los dientes como una ametralladora... ¡Qué castigo!

... Sobre los fusiles, apoyados en pirámide, estaba ya tendida y ahumándose la ropa.

El teniente y Mariutka permanecían sentados uno frente a otro, al amor de la lumbre; de vez en cuando, se volvían hacia el fuego para caldearse con placer.

Mariutka tenía fijos los ojos en la espalda -blanca, suave y delgada- del teniente. Rió burlona.

- ¡Mecachis en la mar, qué blanquito eres! ¡Talmente como si te hubieran bañado en crema de leche!

El teniente se puso colorado como un tomate y volvió la cabeza; iba a decir algo, pero al percibir el reflejo amarillo que oscilaba sobre los pechos de Mariutka, bajó sus ojos azul marino.

Se había secado la ropa. Mariutka se echó sobre los hombros la zamarra.

- Hay que dormir un rato. Puede que para mañana haya ya amainado el temporal. Por suerte, el bote no se ha hundido. Con bonanza, quizá lleguemos alguna vez al Sirdariá. Y allí encontraremos pescadores. Echate, yo cuidaré del fuego. Y en cuanto me entre sueño, te despertaré. Así nos iremos turnando.

El teniente puso la ropa debajo de él y se tapó con la pelliza. Sumióse en profunda modorra; con frecuencia, se quejaba en sueños. Mariutka, inmóvil, le observaba.

Encogióse de hombros y pensó:

«¡Buena me ha caído encima! ¡Pobrecillo! ¡Que no se constipe! En su casa lo debían tener siempre guardado entre rasos y terciopelos. Así es la vida, ¡mecachis en la mar!»

A la madrugada, cuando por las rendijas de la techumbre se vislumbraron los primeros albores grises, Mariutka le despertó.

- Oye, vigila el fuego; yo voy a la orilla. A lo mejor, han aparecido los nuestros y están sentados en algún sitio.

El teniente se levantó a duras penas. Apretándose las sienes con los dedos, dijo sorda la voz:

- Me duele la cabeza.

- No te preocupes... Eso es del humo y del cansancio. Se te pasará. Coge unas galletas de la mochila, ásate unos barbos y zámpatelos.

Tomó el fusil, lo limpió con el borde de la zamarra y se fue.

El teniente se arrastró de rodillas, hasta la lumbre y de la mochila una dura galleta empapada de agua. La masticó un poco y dejó caer el trozo al tiempo que se derrumbaba como un fardo sobre la tierra junto al ruego.

Mariutka zarandeaba del hombro al teniente, llamándole con acentos de desesperación:

- ¡Levántate!... ¡Levántate, maldito!... ¡Nos ha

ocurrido una desgracia!

Los ojos del teniente se alzaron dilatados, su boca se en una mueca de estupor.

- ¡Te digo que te levantes! ¡Qué desdicha tan grande! ¡Las olas se han llevado el bote! ¡Ahora sí que estamos perdidos!

El teniente la miraba a la cara, en silencio.

Le observó Mariutka con más atención y lanzó un sofocado grito.

Los ojos azul marino del teniente estaban turbios, enloquecidos. Su mejilla, fláccidamente apoyada en el brazo de la muchacha, abrasaba.

- ¿Te has resfriado, eh? ¡Áy, diablo de paja! ¿Y qué hago yo ahora contigo?

El teniente movió los labios.

Inclinóse Mariutka y oyó que decía:

- Mijaíl Ivánovich… No me ponga un *muy mal*... No he podido aprenderlo... Lo estudiaré para mañana.

- ¿Qué estás farfullando? –inquirió Mariutka estremecida.

- «Tesoro»... ¡Tus, tus!... Ahí va la perdiz... - empezó a gritar de pronto el teniente, poniéndose en pie de un brinco.

Mariutka retrocedió y se tapó la cara con las manos.

El teniente volvió a caer al suelo surcando la arena con sus dedos.

De prisa, precipitadamente, balbuceó algo ininteligible, atragantándosele las palabras.

La muchacha, desesperada, miró en derredor.

Quitóse la zamarra, la tiró al suelo y puso sobre ella con esfuerzo el insensible cuerpo del teniente. Luego, lo tapó con la pelliza.

Desvalida, hecha un ovillo, se acurrucó al lado. Por sus demacradas mejillas empezaron a deslizarse lentas unas lágrimas.

El teniente daba vueltas agitado, arrojando a un lado la pelliza, pero Mariutka, tesonera, volvía a echársela una y otra vez, arropándole con ella hasta la barbilla.

Al ver que tenía la cabeza caída, le puso las mochilas debajo.

Y mirando a la altura, como si se dirigiese al cielo, profirió desgarradora:

- Va a morir... ¿Y qué le digo yo luego a Evsiukov? ¡Qué desgracia tan terrible!

Inclinóse sobre el enfermo que ardía de fiebre y miró al fondo de sus enturbiados ojos azules.

Sintió una aguda punzada en el pecho. Tendió la mano y, suavemente, acarició aquellos revueltos cabellos rizosos. Después, tomó su cabeza y susurró con ternura:

- ¡Tontuelo mío, ojitos azules!

Capítulo séptimo. Que es al principio extraordinariamente confuso y que se va aclarando hacia el final

Trompetas de plata; de ellas penden unas campanillas.

Tocan las trompetas; suenan las campanillas con fino tintineo de hielo:

- Tilín, tilín, din-din.

- Din-din, tilín, tilín.

Y las trompetas lanzan sus típicos:

- Tarad, tarad, tarad... ta-ta-tí... ta-ta-tá...

No cabe duda que es una marcha. Sí, una marcha. Claro, la misma que vibra siempre en los desfiles.

Y la plaza, rociada del sol que se filtra a través de la seda de los arces, es también la misma.

El músico mayor dirige la banda militar.

De cara a sus subordinados muestra la espalda y por la abertura de su capote le asoma un rabo, un rabo grande, rojizo, de zorro; en la punta del rabo lleva enroscada una piña de oro, y en la piña hay sujeto un diapasón.

Al balancear de la cola, el diapasón da el tono e indica a las cornetas y a los trombones cuándo deben empezar; si se duerme algún músico y se retrasa, el diapasón le golpea al momento en la frente.

Los músicos ponen en la ejecución sus cinco sentidos. Son unos músicos muy originales.

Soldados como otros muchos, pertenecen a varios regimientos de la Guardia imperial. Es una banda mixta.

Pero los músicos no tienen boca, en absoluto: bajo la nariz se extiende lisa la piel. Y llevan incrustada la boquilla de la trompeta en la ventana izquierda de la nariz.

La ventana derecha aspira aire, la izquierda sopla en la trompeta; por ello los *tararis* son tan sonoros, alegres y especiales.

- ¡Pre-pa-ra-dos! ¡En co-lum-na de ho-nor!

- En co-lum-na de ho-nor... ¡Armas al hombro!

- ¡Regi-imiento!

- ¡Ba-tallón!

- ¡Compa-ñía!

- ¡Alineación derecha! ¡Por seccio-nes!... ¡Primer batallón! ¡De frente... march!

Las trompetas: tararí, tararí. Las campanillas: tilín, tilín.

El capitán Shvetsov baila taconeando locamente con sus botas de charol. Tiene unas nalgas tersas y prietas como jamones. ¡Un-dos, un-dos!...

- ¡Bravo, muchachos!

- ¡Dram-am, av-gav-gavl

- ¡El teniente! ¡Que se presente el teniente al general!

- ¿Qué teniente?

- El de la tercera compañía. ¡Govoruja-Otrok, que se presente al general!

El general está a caballo en medio de la plaza. Su cara es colorada; su bigote, blanco.

- Señor teniente, ¿qué escándalo es ése?

- ¡Ji-ji-ji!... ¡Ja-ja-ja!

- ¿Se ha vuelto usted loco? ¿Reírse? Voy y meterle un... ¿Sabe con quién está hablando?

- ¡Jo-jo-jo!... Usted no es un general, ¡es un gato,

Excelencia!

El general va a caballo. De cintura para arriba es un general como los demás, pero de cintura para abajo tiene patas de gato. Y si fueran de gato de raza, pero no, son de gato callejero, de esos mininos vulgares, grises, de piel listada, deslucida por la muda, que vagan por todos los patios y tejados.

Con las zarpas se aferra a los estribos.

- ¡Le entregaré a un tribunal militar, teniente! ¡Habráse visto! Un desfile de la Guardia, y de pronto, ¡aparece un oficial con el ombligo al revés!

Se mira el teniente y se queda atónito. Por debajo de la bufanda le sale el ombligo con el intestino delgado de un color verdoso, y su extremo, el propio cordón umbilical, gira vertiginoso y centelleante en círculos concéntricos. Se sujeta el ombligo y se lo remete, pero se le escapa una y otra vez.

- ¡Arrestadlo! ¡Por faltar al juramento!

Saca el general la pata del estribo, asoma las uñas, las tiende para atraparle, mas en la garra hay una espuela de plata, y en la espuela, en lugar de rodaja, un ojo.

Es un ojo normal, de pupila amarilla, redondita, y tan penetrante, que se adentra hasta el mismo corazón del teniente.

Se entorna en cariñoso guiño y... ¡habla! No se sabe por qué, pero habla el ojo ese.

- ¡No temas!... ¡No temas!... ¡Por fin, ha pasado todo!

... Una mano levantó un poco la cabeza del teniente, y éste, al abrir los ojos, vio un rostro demacrado, unas colgantes crenchas azafranadas y el mismo ojo de antes, cariñoso y amarillo.

- Pobrecito, ¡qué susto me has dado! ¡Una semana entera de tormento contigo! Creía que no te sacaría adelante. Estamos solitos, completamente solos en una isla. Sin medicinas ni ayuda de nadie. Te he curado con agua hervida, únicamente. Al principio, no hacías que vomitar... El agua es mala, salada, y el intestino no la admite.

Con esfuerzo, iban penetrando en la conciencia del teniente las cariñosas palabras, llenas de inquietud.

Se incorporó levemente y miró en derredor, sin comprender aún.

Por doquier se alzaban pilas de pescado. Ardía una hoguera; sobre ella, de una baqueta de fusil, pendía una caldereta, en la que hervía agua.

- ¿Que es esto?... ¿Donde estoy?....

- ¡Ah!, ¿lo has olvidado? ¿No me reconoces? ¡Soy Mariutka!

El se enjugó la frente con la mano fina, traslúcida.

Al hacer memoria, esbozó una débil sonrisa y repuso en un susurro:

- Sí..., ya recuerdo. ¡Robinsón y Viernes!

- ¡Vaya!, ¿otra vez deliras? ¡Qué manía te ha entrado con el viernes! Yo no sé ni en qué día vivimos. He perdido por completo la cuenta.

El teniente volvió a sonreír.

- ¡Eso no es un día!... Es un nombre… Hay una novela en la que se cuenta cómo un hombre, después de un naufragio, fue a parar a una isla desierta. El náufrago tenía un amigo. Y ese amigo se llamaba Viernes. ¿No la has leído nunca? -preguntó, mientras se echaba de nuevo sobre la zamarra y empezaba a toser.

- No... He leído muchos cuentos, pero ése no lo conozco. Estáte acostado, tranquilo y sin moverte. No vayas a enfermar otra vez. Yo entretanto coceré unos barbos. Comerás y recobrarás fuerzas. En toda la semana no has tomado más que agua. Te transparentas como un cirio. ¡Estáte acostado!

El teniente cerró los ojos con laxitud. En su cabeza resonaba lento un tintineo de cristal. Al recordar las trompetas con las campanillas de cristal, rió por lo bajo.

- ¿Por qué te ríes? -preguntó Mariutka.

- Por nada, me he acordado de una cosa… Cuando deliraba, tuve un sueño muy gracioso.

- Sí, gritabas dormido. Dabas órdenes, soltabas palabrotas... De todo hubo. El viento ululaba, nadie en derredor, yo sola contigo, y tú, por si era poco, habías perdido la razón. Me entró verdadero miedo -tuvo un escalofrío- y no sabía qué hacer.

- ¿Cómo te las arreglaste tú sola?

- Ya ves, me las arreglé. Lo que más temía era que te murieses de hambre. No tenía más que agua. Las galletas que nos quedaban te las había dado remojadas. Y ahora, sólo pescado. ¿Pero qué alimento es para un enfermo el pescado salado? Así es que, en cuanto vi que te removías y abrías los ojos, se me quitó un peso de encima.

El teniente tendió la mano. Puso sus dedos finos y hermosos a pesar de la suciedad sobre el brazo de la muchacha, se lo acarició suavemente y dijo:

- ¡Gracias, querida!

Maruitka enrojeció y le retiró la mano.

- ¡No tienes que darme las gracias!... No hay de qué. ¿Es que, según tú, hay que dejar a un ser humano que se muera? ¿Yo qué soy: una fiera del bosque o una persona?

- Pero yo soy un cadete... Un enemigo. ¿Valía la pena tomarte más trabajo con tus cuidados? Tú misma apenas te tienes de pie.

Mariutka se detuvo un instante, brusca y perpleja. Con despectivo ademán, prorrumpió en risas:

- ¿Qué enemigo eres tú? ¡No puedes ni siquiera levantar la mano! Será mi sino. No te maté a la primera, me falló el tiro por vez primera en la vida, y desde entonces estoy condenada a cargar contigo hasta el fin. ¡Toma, come!

Y le acercó a la barbilla la caldereta, en la que flotaba, grasiento y ambarino, un trozo de lomo de esturión. El pedazo, terso y fragante, exhalaba un tufillo apetitoso y grato. El teniente iba sacando trocitos de la caldereta y comiéndoselos gustoso.

- Lo malo es que está terriblemente salado. Abrasa la garganta.

-¡Qué se le va a hacer! Si hubiera agua dulce, se podría poner en remojo. Pero así, es una verdadera desgracia: ¡pescado salado y agua salada! Estamos copados, ¡mecachis en la mar!...

El teniente apartó la caldereta.

- ¿Qué? ¿No quieres más?

- No. Estoy harto. Come tú.

- ¿Yo? ¡Que se lo coma el diablo! Después de una semana, me repugna. No lo puedo tragar.

El teniente, apoyado en un codo, permanecía echado.

- ¡Ay..., de qué buena gana fumaría ahora! - suspiró nostálgico.

- ¿Sí? ¿Y por qué no me lo has dicho antes? En la mochila de Semianni quedó tabaco. Se mojó un poco, pero yo lo he secado. Sabía que te entrarían ganas... A los fumadores, después de una enfermedad, les tira aún más el tabaco. Aquí lo tienes.

El teniente tomó emocionado la bolsita. Sus dedos temblaban.

- ¡Eres de oro puro, Mariutka! ¡Mejor que una niñera!

- Por lo visto, tú no puedes pasarte sin niñeras - repuso Mariutka con sequedad, poniéndose colorada.

- Lo malo es que no hay papel. Ese *agrosellado* vuestro me quitó hasta el último que tenía, y la pipa la he perdido.

¿Papel?... -repitió Mariutka pensativa.

Luego, con decisión, volvió el borde de la zamarra con que estaba tapado el teniente, metió la mano en el bolsillo y sacó un pequeño envoltorio.

Desató la cuerda y tendió al teniente varias hojas de papel.

- Toma, lía...

El teniente cogió las hojas y las examinó. Sus ojos se alzaron hacia Mariutka. Brillaban perplejos con azul fulgor.

- ¡Pero si son tus versos! ¿Estás en tu juicio? ¡Yo no los tomo!

- ¡Tómalos, diablo maldito! No me desgarres más el corazón, ¡mecachis en la mar!...

El teniente la miró con fijeza.

- ¡Gracias! ¡Nunca lo olvidaré!

Arrancó un trocito de una esquina, hizo con él un cucurucho en forma de pipa y, luego de llenarlo de tabaco, lo encendió. A través de las volutas de humo, quedóse mirando a la lejanía.

Mariutka, que le observaba con suma atención, inquirió de pronto:

- Por más que te miro, no lo comprendo. ¿Por qué tienes los ojos tan azules? En mi vida he visto, en parte alguna, ojos semejantes. Son de un azul tan hondo, que hasta puede una ahogarse en ellos.

- No sé -respondió el teniente-. Son así de nacimiento. Muchos dicen que tienen un color singular.

- ¡Y es cierto!... Cuando te hicimos prisionero, pensé ya: «¡Qué ojos los de ese hombre!» ¡Son peligrosos!

- ¿Para quién?

- Para las hembras. ¡Se meten sin jabón en el alma! ¡Inquietan!

- ¿A ti también te han inquietado?

Mariutka se sonrojó:

- ¡No preguntes esas cosas! ¡Vaya un diablo! Estáte ahí acostado, voy por agua en un vuelo.

Se levantó y agarró la caldereta con indiferencia, pero, al salir por el pasillo, entre las pilas de pescado, volvióse alegremente y dijo, igual que antes:

- ¡Tontuelo mío, ojitos azules!

Capítulo octavo. En el que no hay nada que aclarar

Sol de marzo, viraje hacia la primavera.

Sol de marzo sobre el Aral, que acaricia suave su terciopelo azul y mordisquea con cálidos dientes, haciendo bullir la sangre en las venas.

Era el tercer día que el teniente se levantaba.

Sentado a la puerta del cobertizo, calentábase al solecillo, contemplando la vida en derredor con ojos gozosos, de resucitado, azules como el mar. Entretanto, Mariutka recorría toda la isla.

La última vez, al volver de su exploración a la caída de la tarde, anunció jubilosa:

- ¡Oye! ¡Mañana nos trasladamos a otra parte!

- ¿A dónde?

- Allí; más lejos. A unas ocho verstas.

- ¿Y qué hay allí?

- He encontrado una casita de pescadores. ¡Un verdadero palacio! Seca, sólida, hasta los cristales de las ventanas están enteros. Tiene su horno, hay alguna vajilla, aunque rota, cacharros... Todo aprovechable. Y lo principal, hay bancos de madera. No habrá que estar tirados en la tierra. Allí debíamos haber ido inmediatamente.

- ¿Y quién lo sabía?

- ¡Claro! Además, he descubierto un tesoro. ¡Magnifico hallazgo!

- ¿Qué?

- Una alacena que tienen allí, detrás del horno, para las provisiones. Y quedan algunas casillas. Arroz y unos ocho kilos de harina. Un poco florecida, pero se puede comer. Seguramente en otoño, al empezar los temporales, con las prisas, se lo dejaron olvidado. ¡Ahora viviremos, no hay que apurarse!

A la mañana siguiente hicieron la mudanza. Delante iba Mariutka, cargada como un camello. Todo lo acarreaba ella, no permitió que el teniente llevase nada.

- ¡Déjame en paz! No vayas a ponerte malo otra vez. Y me costará más caro. ¡No tengas miedo! ¡Lo llevaré hasta su sitio! Aunque parezca débil, me sobran fuerzas.

A eso del mediodía, llegaron a la casita, quitaron la nieve de la entrada y ataron con una cuerda la hoja de la puerta que se había salido de sus goznes. Luego de llenar de carpas el horno, lo encendieron y, sonrientes de dicha, se sentaron a la lumbre.

- ¡De primera! ¡Como reyes!

- Eres estupenda, Mariutka. Te estaré agradecido mientras viva... Sin ti, habría muerto.

- Con lo señorito que eres, ¡desde luego!

Guardó silencio unos instantes frotándose las manos sobre el fuego, e indagó:

- Bueno, ahora ya tenemos calor... ¿Y qué vamos a hacer en adelante?

- Esperar. No cabe otra cosa.

- ¿Esperar qué?

- La primavera. Ya no falta mucho. Estamos a mediados de marzo. Un par de semanas más, y vendrán los pescadores; vendrán de seguro, a pescar, y nos prestarán ayuda.

- Si es así, menos mal... Porque con pescado y harina florecida no tiraremos mucho tiempo. Un par de semanitas, ¡y a hincar el pico! ¡Mecachis en la mar!...

- ¿Por qué andas siempre con los *mecachis* a vueltas? ¿Dónde has aprendido eso?

- Es un dicho de nuestra tierra, de Astrakán. Lo emplean los pescadores para no soltar ajos fuertes. No me gustan las palabrotas, aunque alguna vez que otra la rabia les da suelta. Y una se desahoga...

Dio vuelta al pescado en el horno, con la baqueta, e inquirió:

- Tú me has hablado de una novela que trata de una isla. De un tal Viernes. Cuéntamela, para que el tiempo no pase en balde. Me gustan con delirio los relatos. A casa de mi tía solían acudir las mujeres del barrio y llevaban con ellas a la vieja Gujnija. Tendría sus buenos cien años, o más tal vez. Recordaba hasta a Napoleón *Buenaspartes.* Y apenas empezaba a contar, yo me agazapaba en un rincón a escuchar, quietecita. Sin atreverme ni a respirar, por miedo a perderme algo.

- ¿Quieres que te cuente la historia de Robinsón? Se me ha olvidado ya la mitad de ella. Ha transcurrido mucho tiempo desde que la leí.

- Haz memoria. Y todo lo que recuerdes, ¡cuéntamelo!

- Bueno. Procuraré...

El teniente entornó los ojos, esforzándose por recordar.

Mariutka extendió la zamarra sobre la litera de junto al horno y se metió en aquel rincón.

- ¡Siéntate aquí! Se está más caliente.

El teniente se introdujo también allí. El horno irradiaba ya alegre calor.

- ¿Por qué callas? ¡Empieza! Ardo en deseos de enterarme. Me muero por los relatos.

Apoyándose en los codos, el teniente comenzó:

- Vivía en la ciudad de Liverpool un hombre rico. Se llamaba Robinsón Crusoe...

- ¿Y dónde está esa ciudad?

- En Inglaterra... Vivía, pues, un hombre rico llamado Robinsón Crusoe...

- ¡Aguarda!... ¿Dices que era rico? ¿Y por qué en todos los relatos se habla de los ricos y de los reyes? ¡En cambio, de los pobres ni siquiera se escriben cuentos.

- No lo sé -repuso el teniente perplejo-. Nunca me he parado a pensarlo.

- Debe ser porque los mismos ricos eran los que hacían los cuentos. Igual me ocurre a mí. Quiero escribir versos, pero no tengo instrucción para ello. Si la tuviera, ¡qué buenas cosas escribiría sobre los pobres! Pero no importa, ya aprenderé y las escribiré.

- Pues bien, como te iba diciendo, al tal Robinsón Crusoe se le ocurrió la idea de hacer un viaje alrededor del mundo. Para ver cómo vivía la gente. Y salió de la ciudad en un gran barco de vela...

Crepitaba el fuego en el horno; las palabras del teniente caían lentas, a intervalos iguales, como gotas de agua.

Poco a poco iba recordando y procuraba narrarlo todo con el mayor detalle.

Mariutka permanecía inmóvil, el oído atento, lanzando exclamaciones en los momentos culminantes.

Cuando el teniente describió el naufragio del barco, Mariutka encogióse de hombros desdeñosa y preguntó:

Por lo tanto, ¿todos se ahogaron, menos él?

- Sí, todos.

- Entonces, el capitán debía tener menos sesos que un mosquito o habría empinado tanto el codo, que ya no veía. Nunca creeré que un buen capitán deje perecer a la tripulación entera tan tontamente. ¡Cuántos barcos y barcas no se habrán hundido en el Caspio! Y lo más que se ahogan son dos o tres personas; los otros se salvan en un periquete.

- No siempre. Ya ves, Semianni y Viájir se ahogaron. Por consiguiente, ¿tú eres una mala capitana o habías empinado también el codo?

Mariutka quedó pasmada.

- ¡Cómo las lías, mecachis en la mar!... Bueno, sigue.

Al llegar a la aparición de Viernes, volvió a interrumpirle:

- ¡Ah!, ¿por eso me llamabas Viernes? ¿Como si tú fueras ese mismo Robinsón?.. ¿Y dices que Viernes era negro? Yo vi una vez un negro. En el circo de Astrakán. Con mucho pelo. Y unos labios así de grandes... ¡Tenia una cara que daba espanto! Las chiquillas corríamos tras él, irritándole. El se enfadaba mucho. Y nos ahuyentaba tirando piedras.

Al oír lo de la agresión de los piratas, volvió hacia él los ojos centelleantes:

- ¿Diez contra uno? ¡Qué miserables! ¡Mecachis en la mar!...

Finalizó el teniente su relato.

Ella, ilusionada, se acurrucó junto al hombro del teniente. Y ronroneó soñolienta:

- Muy bonito. ¿Y sabes muchos más cuentos como ése? Cada día me contarás uno.

- ¿Es que te gusta?...

- Mucho. Le entran a unos temblores. Así las tardes se harán más cortas. Pasará el tiempo sin sentir.

El teniente bostezó.

- ¿Tienes sueño?

- No... Estoy débil después de mi dolencia.

- ¡Ay, blandengue!

Volvió Mariutka a alzar la mano y la pasó de nuevo por los cabellos del teniente. El, asombrado, alzó hacia ella sus pupilas azules.

Su mirada era una caricia suave que iba penetrando en el corazón de la muchacha. Olvidada de todo, inclinóse hacia la demacrada mejilla de él y apretó contra la crecida barba punzante, sus labios cuarteados y resecos.

Capítulo noveno. En el que se demuestra que, aunque no hay leyes para el amor, es la existencia la que determina la conciencia

En la lista de muertos de Mariutka, el teniente de la Guardia Govoruja-Otrok debía haber sido el cuarenta y uno.

Pero fue el primero en la lista de dichas de la muchacha.

Surgió en el corazón de Mariutka un irresistible apego al teniente, a sus manos finas, a su voz queda sobre todo, a sus ojos, de un azul extraordinario.

Aquel azul iluminaba la vida.

Quedaron entonces relegados al olvido el triste mar de Aral, el repugnante sabor del pescado salado y de la harina florecida; desvanecióse sin dejar huella la imprecisa añoranza del mundo que se agitaba fragoroso más de las inmensas aguas oscuras. Durante el día, se dedicaba a sus quehaceres habituales, cocía tortas en el horno, guisaba el consabido esturión, del que estaba ya hasta los pelos y que le producía unas pequeñas llagas redondas en las inflamadas encías, y de vez en cuando salía a la orilla para ver si se divisaba, aleteante en inclinado vuelo, la tan esperada vela de algún barco.

A la caída de la tarde, cuando el parco sol descendía del cielo primaveral, se iba a su rinconcito de la litera y, hecha un ovillo, se apretaba mimosa contra el hombro del teniente. Allí escuchaba.

Muchas cosas contaba él. Y sabía contarlas.

Deslizábanse los días lentos, aceitosos como las olas.

Una vez el teniente -que se deleitaba a la puerta la casucha, al sol, contemplando cómo los dedos de la muchacha quitaban con su habitual destreza las escamas a una carpa regordeta- exclamó de pronto, entornando los ojos y encogiéndose de hombros:

- ¡Ban!... ¡Pamplinas! ¡Al diablo!..,

- ¿Qué dices, querido?

- Digo que pamplinas... Todo en la vida es pura pamplina. Los primeros conceptos, las primeras ideas que se nos imbuyen. ¡Sandeces! Signos convencionales, como en los planos topográficos. ¿Teniente de la Guardia? ¡Al cuerno el teniente de la Guardia! Vivir es lo que yo quiero. Llevo en el mundo veintisiete años y veo que todavía no he vivido en absoluto. He gastado montones de dinero, he vagado por todos los países en febril búsqueda de algún ideal, mientras me consumía un tedio, una tristeza de muerte a causa del vacío y la insatisfacción. Y ahora pienso: Si alguien me hubiera dicho entonces que los días más pletóricos de mi existencia los iba a pasar aquí, en esta necia hojuela de arena y en medio de este necio mar, jamás le habría creído. De ninguna manera.

- ¿Qué días dices?

- Los más pletóricos. ¿No lo comprendes? ¿Cómo explicártelo para que lo entiendas? Bueno, unos días en los que uno, en vez de sentirse en hostil oposición al mundo entero, partícula aislada para una lucha independiente, se diluye por completo en esta masa terráquea -y extendió el brazo con amplio ademán-. Ahora me siento fundido a ella, indisolublemente. Su aliento es mi aliento. ¿Oyes el respirar de la marea?... No es ella la que respira, soy yo, es mi alma, mi cuerpo.

Mariutka dejó el cuchillo.

- Tú hablas como la gente instruida, no todas tus palabras las entiendo. Pero te diré sencillamente que soy feliz ahora.

- Son palabras distintas, pero expresan lo mismo. Y ahora me imagino: Buena cosa sería no marcharse de estas absurdas arenas ardientes, quedarse para siempre aquí, derretirse bajo este sol de terciopelo, vivir como gozosa fiera...

Mariutka miraba concentrada a la arena, como tratando de recordar algo muy preciso. Echóse a reír inopinadamente y repuso con tono de disculpa:

- ¡Ya está bien de arenitas!... Yo no me quedaría aquí. Entra demasiada flojera y puede una acabar sin fuerzas para nada. Ni siquiera tiene una a quién mostrar su dicha. No hay alrededor más que peces muertos. Ojalá vengan pronto los pescadores. De seguro que marzo está ya dando las boqueadas. Echo mucho de menos a las personas vivas.

- ¿Es que nosotros somos cadáveres?

- No; estamos vivos, pero cuando se termine la harina que nos queda, la más florecida y sólo para una semana, y nos coma el escorbuto, ya veremos lo que es canela. Además, comprende, querido, que no son tiempos para estar sentaditos al calor del horno. Allá, seguramente, luchan los nuestros, derraman su sangre. Cada brazo cuenta. Y en una situación así, yo no puedo estar aquí sin hacer nada. No hice yo para eso el juramento de combatiente roja.

Los ojos del teniente se sobresaltaron.

- ¿Qué te propones? ¿Volver a ser soldado?

- ¡Pues claro!

El teniente, después de un silencio en el que daba vueltas entre sus dedos a una seca astilla arrancada del marco de la puerta, empezó a verter sus palabras en lento y continuado arroyuelo:

- ¡Qué rara eres! Mira, Mariutka, voy a decirte una cosa: estoy hasta la coronilla de todas estas sandeces. ¡Cuántos años de sangre y de rencores! Yo no me hice soldado cuando estaba en pañales. Hubo un tiempo en que llevaba una vida humana, buena. Antes de la guerra con Alemania, era estudiante; estudiaba filología, mi afán eran los libros, mis adorables y fieles libros. Tenía muchos. Tres paredes, mi habitación estaba llena de ellos, hasta arriba. A veces, fuera, en la calle, la niebla petersburguesa echaba su húmeda zarpa a la gente y se la tragaba, mientras en la habitación ardía la estufa, bien encendida, y la lámpara, bajo la pantalla azul. Arrellanado en un sillón, con un libro en la mano, yo me sentía, como ahora, completamente libre de preocupaciones. El alma florecía y hasta se percibía el susurro de los pétalos al abrirse. Como el almendro en primavera, ¿comprendes?

- Sí, sí... -asintió Mariutka recelosa.

- Pues bien, un fatídico día todo aquello estalló, saltó hecho añicos por los aires, se fue a los infiernos... Recuerdo el día aquel como si fuera ahora. Yo estaba en mi casa de campo, en la terraza, hasta recuerdo que leía un libro. Era un atardecer triste, purpúreo, que lo teñía todo del color de la sangre. Mi padre vino de la ciudad, en tren. Llegó de la estación agitado, con un periódico en la mano. No dijo más que una palabra, pero aquella palabra pesaba como una losa de plomo... ¡La guerra! Terrible palabra, tan sangrienta como el atardecer. Y mi padre añadió: «Vadim, tu bisabuelo, tu abuelo y yo acudimos a la primera llamada de la Patria. Confío en que tú...» No confiaba en vano. Dejé los libros y fui a la guerra. Entonces estaba convencido...

- ¡Memeces! -exclamó Mariutka asombrada-. Entonces, si mi padre, borracho, da cabezazos contra la pared, ¿debo yo hacer lo mismo? No acabo yo de entender eso.

El teniente dio un suspiro.

- Cierto... Eso no lo puedes tú comprender. Nunca ha pesado sobre ti la carga del nombre, del honor de la familia, del deber... Y nosotros apreciábamos en mucho todo eso.

- Bueno, ¿y qué?... Yo también quería mucho a mi difunto padre, pero si él era un borrachín empedernido, yo no estoy obligada a seguir por su mismo camino. ¡Haber mandado al bisabuelo con la bisabuela!

Torció la boca el teniente, en maligna sonrisa.

- No lo mandé. Y la guerra me perdió. Con mis propias manos, hundí mi corazón vivo en el pudridero mundial, en el repugnante basurero. Llegó la revolución. Yo creía en ella como en una novia... Y ella... Durante toda mi vida de oficial no le había puesto a ningún soldado ni un dedo encima; en cambio, a mí, en la estación de Gómel, unos desertores me atraparon, me arrancaron las hombreras, me escupieron en la cara y me la embadurnaron con excremento del retrete. ¿Qué había hecho yo para eso? Huí y conseguí llegar a los Urales. Creía aún en la patria. Ansiaba volver a combatir por la patria escarnecida. Por mis hombreras deshonradas. Combatí y vi que no hay patria, que la patria es un páramo tan grande como la revolución. Que a las dos les gusta la sangre. Y que por las hombreras no vale la pena pelear. Entonces, recordé la única y verdadera patria del hombre: el pensamiento. Me he acordado de nuevo de los libros, quiero volver a ellos, abismarme en ellos, pedirles perdón, vivir en su compañía para siempre, y en cuanto a la humanidad, por su patria, por la revolución, por la podredumbre de la maldita, escupirle en la misma jeta.

- ¿De modo que... la tierra se quiebra por la mitad, las gentes buscan la verdad, se atormentan, vierten su sangre, y tú, entretanto, gandulazo, vas a estar leyendo cuentecitos tumbado junto al horno?

- No sé... Ni quiero saber nada -gritó frenético el teniente, poniéndose en pie de un salto-. Solamente sé una cosa: que vivimos en el ocaso de la tierra. Tienes razón al decir que se parte por la mitad. ¡Sí, se parte, se quiebra la vieja canalla! Arrasada toda, destripada. Precisamente de esa desolación muere. Antes era joven, fértil, inexplorada, seducía con el encanto de nuevos países e incalculables riquezas. Mas eso ha terminado. Ya no hay nada nuevo que descubrir. Toda la astucia del hombre se emplea en conservar lo acumulado, en subsistir unos siglos, unos años, unos minutos mas. Técnica. Cifras muertas. Y el pensamiento, esterilizado por las cifras, se debate en problemas de exterminio. Exterminar el mayor número posible de gente, para que los que queden puedan seguir llenando la panza y los bolsillos. ¡Al cuerno!... Yo no quiero más verdad que la mía. ¿Es que tus bolcheviques han descubierto la verdad? ¿Cambiar el alma viva, de hombre, por un vale y una ración? ¡Basta! ¡Yo estoy ya fuera del asunto! ¡No quiero mancharme más!

- ¡Muy limpito es usted, señoritingo! ¿Quiere su señoría que otros escarben en la mierda por usted?

- ¡Sí .Que lo hagan, recristo! Que lo hagan otros a quienes les guste. ¡Escúchame, Mariutka! En cuanto logremos salir de aquí, nos iremos al Cáucaso. Allá, cerca de Sujumi, tengo yo una casita de campo. Me meteré en mi casita para dedicarme a mis libros, ¡y al cuerno todo lo demás! Vida apacible, tranquilidad. No quiero más verdad, estoy harto, sólo ansío tranquilidad. Y tú estudiarás. Pues lo deseas, ¿no es

cierto? Tú misma te quejabas de tu falta de instrucción. La tendrás. Haré por ti cuanto sea preciso. Me has salvado de la muerte, y eso nunca se olvida.

Mariutka se levantó con brusquedad. Mordiendo las palabras le soltó una rociada punzante:

- Si no he entendido mal, ¿quieres que nos refocilemos los dos, en coyunda, sobre un colchón de plumas, mientras la gente lucha con todas sus fuerzas por su verdad y que nos regalemos el pico con bombones, cuando cada uno de ellos está manchado de sangre? ¿No es eso?

- ¿Por qué dices las cosas tan groseramente? - preguntó él con pena.

- ¿Groseramente? ¿Es que a ti hay que dártelo todo con dulzura, con salsita bien azucarada? ¡No, óyeme! Tú has difamado la verdad bolchevique. Dices que no quieres saber más de ella. ¿Pero la has conocido alguna vez? ¿Sabes en qué consiste? ¿Cómo está empapada de sudor salado y lágrimas humanas?

- No lo sé -contestó con desgana el teniente-. Lo único que me extraña es que tú, una muchacha, te hayas endurecido tanto, que te atrae ya ir a aniquilar, a matar, en unión de hordas de borrachos y piojosos.

Mariutka se puso en jarras y le espetó con coraje:

- Ellos puede que tengan piojos en el cuerpo, ¡pero tú los tienes en el alma, a montones! Vergüenza me da haberme liado con un tipo semejante. ¡Baboso, gusano rastrero! Mariutka, vamos a la cama a refocilarnos, a vivir tranquilos en casita -prosiguió, remedándole-. Otros, doblando el espinazo, roturan los campos, mientras que tú... ¡Ah, hijo de perra!

El teniente enrojeció y apretó terco los labios.

- ¡No insultes!... ¡No te pases de la raya... villana!

Mariutka avanzó hacia él, alzó la mano, y, con todas sus fuerzas, le dio un bofetón en la demacrada mejilla sin afeitar.

El teniente retrocedió tambaleante, trémulo, crispados los puños. Y masculló con voz entrecortada:

- ¡Por suerte para ti, eres una mujer! Te odio... ¡Miserable!

Y entró rápidamente en la casucha.

Mariutka, desconcertada, se quedó mirando la mano, que le ardía aún, y, sacudiéndola en el aire, dijo, no se sabía a quién:

- ¡Vaya un geniecito que tiene el señor! ¡Mecachis en la mar!...

Capítulo décimo. En el que el teniente Govoruja -Otrok oye el estruendo de un mundo que muere y el autor declina toda responsabilidad por el desenlace

Después de la riña, el teniente y Mariutka estuvieron tres días sin hablarse. Pero en una isla no es tan fácil rehuirse. Y la primavera los reconcilió. Expandíase por doquier, a la par, en incontenible avance, irradiando calor.

Hacia tiempo que sus cascos de oro habían roto el tenue blindaje de nieve que cubría la isla. Y ésta se tomó suave, de un vivo color canario, sobre el cristal oscuro del agua espesa.

A mediodía, la arena quemaba las manos al tocarla.

En el cargado azul del mar, como un áureo disco flamígero, resplandecía el sol, lozano, oreado por los vientos del deshielo.

Y el sol, los vientos del deshielo y el escorbuto que empezaba a atormentarles aplacaron por completo los últimos ímpetus de los dos. No estaban ya para peleas.

Se pasaban los días enteros en la orilla, echados sobre la arena, sin apartar la mirada del denso cristal, buscando con inflamados ojos alguna vela en el horizonte.

- Ea, ¡se acabó mi paciencia! Si dentro de tres días no vienen los pescadores, ¡pum!, me pego un tiro - aseguró Mariutka con desesperación mirando al impasible e intenso azul.

El teniente lanzó un leve silbido.

- ¡Atiza! Me llamaste baboso y gusano rastrero, ¿y tú misma te rindes? Aguanta, cosaco, y serás atamán. ¡Atamán de bandidos, claro, pues no te queda otro camino!

- ¿Para qué sacas a relucir cosas viejas? ¡Qué cargante! Agua pasada no mueve molino. Y si te regañé, fue con sobrados motivos. Me estalló la rabia que llevaba dentro, porque eres un pingajo, un pipiolo inexperto. ¡Y me da coraje! ¡Buena me ha caído contigo! Te pegaste a mí, me quitaste el sosiego, me has revuelto el corazón y todas las entrañas, diablo de ojos azules.

El teniente se tiró de espaldas sobre la ardiente arena y, riendo a carcajadas, agitó las piernas en el aire.

- ¿Qué te pasa? ¿Por qué tonteas?

El siguió con su risa.

- ¡Eh, chiflado! ¡Habla de una vez!

Pero el teniente no se calmó hasta que no le metió Mariutka un puño en el costado.

Se incorporó, enjugándose las lágrimas de hilaridad.

- Di, ¿por qué ríes de esa manera?

- ¡Vales un potosí, María Filátovna! Pones de buen humor a cualquiera. ¡Eres capaz de hacer bailar a un difunto!

- ¿Y tú qué crees? ¿Que es mejor balancearse sin fin en el agua, como un tronco rodeado de hielos, que no va a una orillita ni a la de enfrente? ¿Para marearte tú mismo y que otros sientan ganas de vomitar al verte?

Volvió a reír a carcajadas y le dijo a Mariutka dándole unas palmaditas en el hombro:

- ¡Gloria a ti, reina de las amazonas! ¡Viernes

amigo! Me has cambiado por completo inyectándome el elixir de la vida. No quiero balancearme más en el agua, entre hielos, como ese tronco de tu metáfora. Yo mismo me doy cuenta de que es pronto para volver a los libros. ¡Hay que vivir aún, hay que rechinar los dientes y morder como los lobos, para que los demás sientan que tú también tienes colmillos!

- ¿Cómo, será posible que te hayas espabilado?

- ¡Sí, me he espabilado, paloma mía! ¡Gracias por tus lecciones! Si nos enfrascamos ahora en los libros y os dejamos a vosotros la tierra en pleno dominio, haréis en ella tales estropicios, que cinco generaciones verterán luego lágrimas de sangre. ¡No, tontita querida! Puesto que la cultura va contra la cultura, hay que seguir hasta el fin. Hasta que...

Dejó de hablar, como si se le hubiera cortado el aliento.

Sus pupilas azul marino quedaron fijas en el horizonte, encendidas con jubiloso fulgor.

Tendió hacia allá la mano y profirió con voz queda y trémula:

- Una vela.

Mariutka se empinó rápida, como impulsada por una fuerza interna, y vio que lejos, muy lejos, en la tenue raya añil entre el ciclo y el mar, se columbraba de vez en cuando una llamita blanca, oscilante: una vela que henchía el viento.

Se apretó con las manos el agitado pecho, sin creer aún lo que veían sus ojos, clavados en aquel albo jirón, ansiado tanto tiempo.

De un brinco, el teniente se plantó a su lado, la agarró de ambas manos, apartándoselas del pecho, y empezó a bailar con ella, obligándola a girar en tomo a él.

Levantaba mucho las finas piernas, enfundadas en los andrajosos pantalones, mientras cantaba a grito pelado:

Blan-que-a una ve-la so-li-ta-ria
en el bru-mo-so mar a-zul.
Bim-bam, bim-bum...
Imar a-zul!

- ¡Déjame, loco!-pidió ella, escapando gozosa, jadeante.

- ¡Mariutka, bobita mía, reina de las amazonas! ¡Estamos salvados! ¡Salvados!

- ¡Diablo majareta! ¿Por lo visto, ahora te han entrado ganas de salir de la isla y volver a la vida, con las gentes?

- ¡Sí, tengo ganas, muchas! ¡Ya te dije que las tenía!

- ¡Espera! ¡Hay que hacer señales! ¡Llamarles!

- ¿Para qué? Ellos mismos vendrán.

- ¿Y si van a otra isla? Los nernakanes decían que por aquí hay una infinidad. Pueden pasar de largo. ¡Trae un fusil de la casa!

El teniente se lanzó hacia la casucha. Al momento, salió de ella enarbolando el fusil y lanzándolo a lo alto.

- No hagas el tonto -le gritó Mariutka-. Dispara tres veces seguidas.

El teniente pegó la culata al hombro. Los secos estampidos rompieron el silencio de cristal; a cada disparo, el teniente se tambaleaba, y sólo ahora advertía lo muy debilitado que estaba.

La vela se veía ya con claridad. Grande, de un color amarillo rosáceo, avanzaba rozando rauda el agua, como el ala de un pájaro alborozado.

- Me extraña... -barbotó Mariutka, en tanto observaba atenta-. ¿Qué barquito será ése? No parece un pesquero, es demasiado grande.

En la embarcación habían oído los disparos. Se balanceó la vela, revoló a la otra banda, e inclinándose, enfiló rápida la orilla.

Bajo el ala amarillo rosácea, emergió del azul, a poca altura, el casco negro del barco.

- Tiene que ser por fuerza algún bote de vigilancia de pesqueros -dijo Mariutka, bajando la voz-. Pero lo que no comprendo es por qué ronda por aquí en este tiempo...

A unos cien metros de la costa, el bote viró de nuevo, a babor. En la popa se irguió la figura de un hombre que, llevándose las manos a la boca, a modo de bocina, gritó algo.

El teniente se estremeció, abalanzóse hacia adelante, tiró precipitadamente el fusil a la arena y, de dos saltos, se plantó en la misma orilla del agua. Tendiendo los brazos, empezó a vociferar con frenesí:

- ¡Hurra!... ¡Son los nuestros!... ¡Pronto, señores, vengan pronto!

Mariutka clavó en el bote la ansiosa mirada y vio... que en los hombros del que empuñaba el timón brillaban unas franjas doradas.

Agitóse de un lado para otro, como una clueca alarmada, y quedó encogida y convulsa.

La memoria, como un relámpago, iluminó por un instante ante sus ojos un trozo del pasado reciente:

Hielo... Agua turquesa... El rostro de Evsiukov. Sus palabras: «Si por casualidad os tropezáis con los blancos, no permitas que lo cojan vivo».

Con un gemido de dolor, mordióse los labios y agarró el fusil tirado en la arena.

El grito de Mariutka resonó desesperado:

- ¡Eh, tú... cadete asqueroso! ¡Atrás!... ¡Te digo que atrás, diablo!

El teniente, agitando los brazos, permanecía en pie, con el agua hasta los tobillos.

De pronto, oyó a sus espaldas el estruendo ensordecedor y solemne de un mundo que se hundía en el fuego y la tempestad. No tuvo tiempo de comprender por qué se había apartado de un salto, para salvarse de la catástrofe, y aquel fragor de gran naufragio fue para él el postrer ruido terrenal.

Mariutka, con ojos de estupor, miraba al caído, moviendo involuntariamente el pie izquierdo.

El teniente se había derrumbado, hincando la cabeza en el agua. Por el oleoso cristal corrían en distintas direcciones los arroyuelos rojos que brotaban del destrozado cráneo.

Mariutka se acercó y agachóse. Lanzando un alarido, se desgarró la guerrera sobre el pecho y dejó caer el fusil.

En el agua, sujeto por el hilo rosado del nervio, fuera de su órbita, flotaba un ojo, con tenue oscilación. Tan azul como el mar, la miraba atónito y lastimero.

Chapoteando de rodillas en el agua, intentó alzar aquella cabeza inerte, toda desfigurada de pronto, cayó sobre el cadáver y empezó a restregar la cara contra aquellos despojos, manchándosela con la sangre coagulada, mientras gemía con angustia:

- ¡Pobrecito mío! ¿Qué he hecho yo? ¡Despierta, mi vida, ojitos azules!

Desde la barcaza, encallada en la arena, unos hombres miraban perplejos.

Marzo de 1924.